

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—MARTES 15 DE MARZO DE 1870.

NÚM. 29.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Una pedrada puede tener mayores consecuencias de lo que a primera vista parece, sobre todo si esa pedrada va dirigida al general D. Juan Prim, ministro de la Guerra y presidente del Consejo de ministros. Todo Madrid sabe lo ocurrido en la tarde del domingo al citado personaje, cuando, al regreso de inspeccionar el batallón de voluntarios de la libertad, de que es capitán su hijo el vizconde del Bruch, se encontró con las masas que formaban la manifestación contra las quintas, dirigidas por algunos diputados republicanos; pero aquella pedrada, que por fortuna no tocó al general Prim, dio margen a que este tirara en la sesión de ayer tarde más de una, y más de cuatro, a la revolución, a los derechos individuales y a todo el edificio con tan frágiles materiales levantado por los conligados de Septiembre. Efectivamente, todas las palabras pronunciadas por el general no fueron más que otras tantas censuras de su propia obra; que este es el destino fatal de los que, no teniendo otros merecimientos personales para escalar el poder, se proclaman defensores de los derechos y de la igualdad, y sin predicar al propio tiempo los deberes que llevan consigo, introducen con aquellos pompas nombres la insubordinación social en el pueblo y la militar en el ejército. Ahora que ya ha visto más de cerca los efectos de los derechos individuales; ahora que se han ejercido en su propia persona, y no en *algunos* individuos, o en las costillas de algunos inofensivos moderados, parece que le duele, y se queja; así es que ayer tarde no cesaba de rogar a los diputados republicanos que enseñasen bien a las masas el uso que habían de hacer de los derechos que se les habían concedido; derechos que les debían explicar como a los muchachos el *abc*. Descuide el presidente del Consejo de ministros; hoy, afortunadamente, en España, desde que para bien del país la rige S. S., más escuelas de derechos individuales que de doctrina cristiana, y los discípulos están más adelantados de lo que se figura, y tal vez deseara ahora que es poder, con lo cual no será extraño que las lecciones produzcan el mismo fruto que acaba de recoger S. S. Además, según la teoría ultra-liberal, los excesos de la libertad se corrigen con la misma libertad; de modo que con tan fácil remedio, no sabemos cómo se apura el general Prim, ni cómo pide a los republicanos que enseñen a sus partidarios sus deberes, ni cómo se rebajaba a querer explicarlos él mismo a los manifestantes que le rodeaban, según nos dijo que intentó hacerlo sin resultado alguno.

Pero si no pudo hacerse oír de aquellos discursos disculpas en campo raso, el presidente del Consejo explicó en el salón de sesiones como comprende los derechos individuales, diciendo que si hubiera visto al desdichado que le tiró la piedra, le hubiera muerto en el acto—bien por el ejemplo y por el respeto a la ley—y que lo propio haría, pues se hallaba siempre preparado, con todo el que se atreviese solamente a levantar la mano contra él. *Tandem ne animis celestibus iras!* Esta confidencia y este aviso cuya importancia a nadie escapará, demuestran evidentemente que el general Prim profesa de lleno el principio que hace poco hemos citado, de que los abusos de la libertad con esta misma se corrigen. Es claro: a la libertad de una demostración, la libertad de matar. Por lo demás, S. S. no vaciló en calificar de inconstitucionales a aquellas masas que le insultaron, calificación no nueva ya en labios revolucionarios, y en presentarlas como excitadas por la predicación de sus caudillos. ¿Qué podemos nosotros hacer ante confusión tan explícita, sino aguardar solamente a que el general diga cuanto nosotros diríamos? Ocasiones vendrán indudablemente, en que esto suceda.

El ministro de la Gobernación, por lo visto menos asustadizo que el general Prim, no se impresionó tanto con la concurrencia, quizá por la misma razón que aquel alcalde que había recibido un bofetón en la cara de su alguacil, así es que, quitando la aprensión a su compañero de gabinete con asegurar que a quien se dirigía la pedrada era al D. Juan Prim y no al presidente del Consejo de ministros, nos dijo una vez más que a él no le asustaban esos ensayos de la libertad, pues del mismo modo que para aprender a nadar hay que echarse al agua, para aprender los derechos individuales no hay sino como ejercerlos. Esto es tan obvio, que ante tal argumento, nos quedamos convencidos, reconociendo la razón que asiste al Sr. Rívera, y aun confirmando con otros argumentos análogos que nos ocurren, como por ejemplo: para aprender teología, no hay, como cantar misa.

Los Sres. Soler y Sporn, diputados republicanos, defendieron perfectamente a sus patrocinados los manifestantes. Estos no pedían más que el cumplimiento de las promesas de la revolución, y lo pedían de la única manera que se les oye. Por lo demás, la manifestación fue sumamente pacífica, y si ocurrió algo desagradable, fue después del *de misa* esto es, después de declarada disuelta la manifestación, aunque fuera por lo mismos grupos; y sobre todo, quien tuvo la culpa de todo fueron los agentes reaccionarios, que se infiltraron en todas las manifestaciones, sin que hayan dejado de concurrir a ninguna desde la primera que tuvo lugar.

Expulsados, pues, a los pícaros reaccionarios, que todo lo echan a perder, no hay temor de más desórdenes ni desacatos, y todo quedará tranquilo, como lo quedó la sesión de ayer tarde, después de ventilado este incidente, a que se puede poner por epígrafe: *Una pedrada, a la manifestación.*

Con la terminación de este debate se desocuparon casi todas las tribunas y muchos asientos de diputados, procediéndose a la lectura de una

proposición de los tradicionalistas y republicanos, para que el ministro de Hacienda publique a la mayor brevedad las nuevas ordenanzas de aduanas, que fué apoyada por el Sr. Isasi, protestando que no iba envuelta en ella ningún voto de censura. El Sr. Figuerola no lo comprendió así, y pidió al Sr. Isasi que la retirara, ofreciendo hacer cuanto antes lo que S. S. pedía. Y ya que de peticiones hablamos, se nos figura que urge mucho presentar una que tenga por objeto obligar al ministro de Hacienda a que ultime y presente el presupuesto de ingresos, pues continuando por ese camino, llegará el momento de las prisas, y con él el de que se apruebe por autorización, objeto a que tal vez se dirija tanta injustificada dilación.

SOBRE LA MEMORIA DEL GENERAL CONCHA.

A continuación insertamos, con la mayor satisfacción, un escrito pordemás interesante, que han tenido la bondad de remitirnos los señores ex-ministros que formaron la administración presidida por el Sr. Gonzalez Brabo. En dicho escrito se confirman muchas de nuestras apreciaciones; se aclaran bien los hechos; se exponen con lucidez y templanza otros nuevos; se prueba de una manera evidente que los hombres públicos que lo susciben no abandonaron al general Concha, argumento insidioso, que se hace por algunos con poco fundamento, pero con sobra de pasión.

Los señores que prestaron ayuda al general Concha, lo fueron precisamente esos ex-ministros. Los que se apartaron de su lado fueron esos hombres indefinibles e indecifrables, que se creen los mejores, cuando son en rigor los que han comprometido todas las causas. Ya verán nuestros lectores lo que dicen los penúltimos ministros de donña Isabel II. Ellos se condujeron con lealtad y con nobleza. Esto, por lo que hace a los hombres civiles.

Excusamos hablar del digno gobernador Sr. Berziz, cuya serenidad, valor y lealtad no será por nadie desmentida, y apelamos al mismo general Concha, en comprobación de nuestro aserto. Veamos ahora los hombres militares: Cheste, Novaliches, Bläser, Calonge, Gasset, Reina, Riquelme y otros muchos, todos amigos nuestros, todos entuvieron hasta el fin al lado de la reina y al lado del general Concha, hasta que este les dijo que no podía contar con el ejército de Andalucía, y les dispersó de real orden.

Nosotros citamos nombres propios. ¿Nos querrán citar otros que hombres de esos falsos conservadores, que amigos políticos o personales tuvo D. José de la Concha a su lado para defender el trono, la dinastía, las leyes, el orden establecido? ¿Donde estuvieron? ¿Cómo se llaman?

Pero sea lo que quiera, nosotros sostenemos y probamos que nuestros amigos ni promovieron la revolución, ni abandonaron a la reina, y que los militares que más noblemente se condujeron fueron también nuestros amigos.

En todo lo demás del documento que insertamos se nota gran claridad, gran firmeza y seguridad, y un fondo de verdad que acaba por completo con los fugidos de que se vale D. José de la Concha.

En mal hora ha tenido lugar la publicación de su decantada Memoria. Los hechos se ponen de manifiesto, y todo viene a acreditar nuestra opinión y la falsa y poco envidiable posición del general Concha.

Sr. Director de El Eco de España.

Muy señor nuestro y estimado amigo: Al publicar el diario que V. dignamente dirige la Memoria política-militar suscrita por el señor marqués de la Habana, ha previsto con razón que éste tantas veces prometido y ahora inesperado documento, daría lugar a otras manifestaciones importantes de personas que están en el deber de hablar, y a las cuales El Eco de España abre con mucho gusto sus columnas.

Nos apresuramos a aceptar el ofrecimiento de ese diario, que tan bien comprende la verdadera misión de la prensa.

De largo tiempo abrigamos el propósito y el deseo de formular en algunas páginas la relación exacta y documentada de sucesos cuya historia yace todavía envuelta en niebla de errores, y lo que es peor, de calumnias. Los actos políticos y administrativos del ministerio formado a la muerte del ilustre general Narvaez, no podían ni debían ser discutidos entre el ruido del motín y al calor de los odios triunfantes y de las pasiones vencedoras. Fuertes y serenos en la rectitud de nuestro proceder, tranquilos de todo punto por el fallo definitivo de nuestros conciudadanos, hemos querido esperar, y todavía esperamos para ser oídos, a que cese el estrepito revolucionario y a que recobre su asiento y su calma el tribunal de la opinión.

Los señores que la historia se escriba y la opinión se forme, y se repartan con equidad la alabanza y el vituperio.

En tanto que la ocasión llega y nuestro deseo se realiza, nos creemos en el deber de contestar inmediatamente a ciertas alusiones que resaltan en la Memoria, y aun a ciertas retenciones que laten bajo la suavidad y templanza de sus formas; que si estamos dispuestos a decir en su día toda la verdad acerca de la revolución y de sus causas, no estamos dispuestos a sufrir ni un solo instante el peso de la más ligera inculpación, ni la duda más remota en lo que atañe a nuestros actos políticos y a nuestra responsabilidad como consejeros que fuimos de la reina.

Al verificarse en Cádiz la rebelión de una parte de las fuerzas navales (18 de Septiembre), la corte se hallaba en las Provincias Vascongadas, y con la corte estaban el presidente del Consejo, ministro de la Gobernación, y los ministros de Estado y de Marina.

La reina, en uso de su prerrogativa constitucional, se dignó admitir la dimisión del presidente del Consejo de ministros y la de los ministros de la Guerra y de Marina, nombrando en el acto presidente con la cartera de Guerra al capitán general de ejército marqués de la Habana. Se inauguraba una situación esencialmente militar de vigorosa resistencia, un verdadero estado de guerra, y el poder recayó en un militar de la más alta jerarquía. El general Concha refiere con exactitud este suceso; pero olvida que el presidente dimisionario se brindó una y otra vez a cooperar en la patriótica empresa de salvar el trono y la sociedad, sirviendo, no ya como ministro de la Gobernación, sino como gobernador de Madrid, o de otra cualquier provincia, o en el puesto de peligro que se le señalara.

Los cuatro ministros residentes en Madrid se apresuraron a ofrecer, por telegrama, su dimisión, a fin de que el general Concha pudiese desde luego formar la combinación más adecuada a sus fines, y presentar a S. M. la lista completa de un nuevo ministerio.

Llegó a la capital de la monarquía el general Concha el domingo 20 de Septiembre, a las ocho de la mañana; y los ministros, que desde el 17 se hallaban, puede decirse, en Consejo, sin reposar ni de día ni de noche, no se presentaron al presidente momentos después de su llegada, sino que lo esperaban y recibieron en el palacio de la presidencia; y allí le reiteraron desde el primer instante con unánime decisión, su deseo de que el gabinete se constituyera con otros hombres políticos, sin perjuicio de seguir todos prestando a la reina y al gobierno el leal concurso que las circunstancias críticas demandaban. El general Concha opuso la más enérgica negativa a la dimisión de sus colegas; llegó a indicar, que en caso de llevarse a cabo, ofrecería la suya, por telegrama; a la reina; los ministros cedieron por el momento, toda vez que veinte y cuatro horas más tarde había de llegar a Madrid S. M., y la cuestión ministerial se resolvería entonces.

Verificóse, pues, en la mañana del 20 de Septiembre un Consejo de ministros, en que el general Concha pudo apreciar y aun aplaudir la actividad y acierto con que el ministro de la Guerra, su antecesor, de acuerdo con los demás ministros, había dictado medidas militares, llamadas generales, reconcentrado la guardia civil y la rural, y movido tropas en todas direcciones, con objeto de organizar rápidamente la resistencia en las provincias de Andalucía.

Pudo saber y supo el nuevo jefe del gabinete que los ministros de Madrid, de acuerdo con los de San Sebastián, habían ofrecido el día anterior con vivísimas instancias al marqués del Duero el mando en jefe del ejército de Andalucía, y que el marqués del Duero se excusó de aceptarlo, alegando la enfermedad de su vista. Al capitán general conde de Chéste, que aquella misma mañana llegaba a Madrid, no dejando a Barcelona, sino llamado por el deber de encargarse de la dirección de ingenieros, se le había avisado por telegrama para que permaneciese al frente de las fuerzas de Cataluña, y el telegrama no llegó a tiempo por el notorio mal estado de las líneas en aquellos días. La orden convocando la reserva estaba expedida por el general Mayalde, y el general Concha la derogó para dictarla de nuevo en la misma semana. El general Calonge, obediente como siempre a la voz de la disciplina y del honor, había aceptado y desempeñaba con gran fin el cargo de capitán general de Castilla la Nueva. El marqués de Novaliches regresaba en aquel instante de los baños de Ledesma, llamado por el gobierno, al cual había respondido noblemente, asegurando que su espada y sus servicios estaban siempre a disposición de la reina. Véase, pues, cómo, excepto vencer la resistencia del señor marqués del Duero para tomar un cargo, todo lo demás estaba hecho o iniciado por los ministros residentes en Madrid a la llegada del señor marqués de la Habana. Ciertamente que nada de esto se niega en la Memoria que acabamos de leer, pero nos parece que queda más claro y concreto con estas sencillas frases que vamos trazando, trasunto y reflejo de la verdad.

En el Consejo de ministros de aquella mañana se acordó por unanimidad encaucar la conveniencia de que la familia real no detuviere por ningún motivo su viaje, y entrara cuanto antes en su palacio de Madrid. Se redactó al efecto y se expidió a San Sebastián un telegrama efecísimo a las diez de la mañana.

A aquella hora los generales iban llegando, y los ministros civiles se retiraron a sus respectivas secretarías, para volver a Consejo en la presidencia a las cinco de la tarde. El marqués de la Habana da noticia de este segundo Consejo en los términos siguientes:

«Al volver, pues, a reunir por la tarde a los

ministros, les manifesté no tenía dificultad en aceptar, en nombre de la reina, sus dimisiones; y por lo mismo que yo no me proponía aparecer como representante de una política determinada,—por lo mismo también que no había llevado al puesto que ocupaba sino la idea del cumplimiento de un deber militar,—al tomar sobre mí la responsabilidad de aceptar aquellas dimisiones, no me ocupé en nombrar nuevos ministros, quedando encargados del despacho de los diferentes ministerios los respectivos subsecretarios, según se publicó en la Gaceta al día siguiente. Momentos después, y sin indicación alguna mía, salían de Madrid los ministros dimisionarios, a excepción del de la Guerra, en un tren especial, que solo adelantaba media hora al del correo. Tan grave consideraban la situación de España y de Madrid!»

En este párrafo son tantas y de tal naturaleza las inexactitudes que merecen rectificación, que vamos por toda respuesta a reproducir los hechos según pasaron, lo cual es mucho más sencillo que ir corrigiendo en cada línea una frase, y en cada frase un concepto.

En el Consejo de por la tarde, el general Concha dio señales de haber comprendido toda la gravedad de la situación, de abarcar con una ojeada los negros horizontes de lo porvenir, y de haber, por último, prestado al aspecto político de las cosas, la atención absorbida, hasta entonces, en el aspecto militar. El presidente del Consejo de ministros se declaraba convencido por las razones que siete horas antes le fueron expuestas; los ministros al reunidos tenían, en efecto, compromisos políticos que podían embarazar la marcha política futura; eran una gran dificultad para el nuevo gobierno; urgía admitirlos inmediatamente la dimisión, y hacerlo saber al público. Enervizado con esta idea el marqués de la Habana, quiso que en aquel instante se redactara la real orden encomendando el despacho de los negocios de cada secretaría al subsecretario o director más antiguo: dispuso que un redactor de *La Correspondencia*, que no estaba lejos, llevase la noticia para la edición de aquella noche, especie de anticipación de la Gaceta. Los ministros, rogados por la mañana, eran despedidos por la tarde; necesidad imperiosa a las nueve, eran un peligro a las cinco; tales son los vaivenes de la política y aun de todas las cosas humanas! Ellos, que ni lo uno ni lo otro creían merecer, expresaron, sin embargo, al marqués de la Habana el testimonio de su agradecimiento por la responsabilidad política de que los descargaba, y le rogaron una y otra vez que contase con sus servicios y decidida voluntad en la noble empresa de defender la causa de la reina y de la patria. El presidente del Consejo, insistiendo entonces en el primitivo tema de que la cuestión era militar, y que se proponía aplazar indefinidamente toda gestión política, para pensar tan solo en el orden público, despidió a los ministros, asegurándoles que estaban en libertad completa para ausentarse, y mandando en el acto extender, a petición de alguno, la real orden de autorización para viajar por el extranjero. El señor general Concha, que al cabo de doce meses ha escrito su Memoria, indudablemente sin la agitación de ánimo que le produciría la gravedad de los sucesos el día 20 de Septiembre, no ha podido decir, sino por un olvido excusable, que sin indicación alguna suya, salieron los ministros de Madrid; así como por una redundancia, excusable también, se apresura a exceptuar al general Mayalde, que no había asistido al Consejo, ni era ministro dimisionario de los de aquel grupo, puesto que hacía ya tres días que había dejado de ser ministro de la Guerra, cabalmente los que llevaba de serlo el propio señor marqués de la Habana.

Salieron los ministros dimisionarios aquella noche, con el propósito de esperar a la reina en el Escorial y ofrecerle sus respetos, cumpliendo con un deber de cortesía y lealtad a que no faltan jamás los ministros constitucionales en el momento de resignar su encargo. El general Concha había significado a sus colegas la conveniencia de que no acudiesen al día siguiente a la estación ni al palacio a recibir a los reyes, los que acababan de ser consejeros (y aún lo eran para el público, pues el decreto de su renuncia no estaba, ni está, que sepamos, rubricado), creyeron conciliar su deber con la conveniencia política, alegada por el general Concha, dirigiéndose al Escorial. Allí supieron que la llegada del tren real se retardaría muchas horas, pues acababa de salir de San Sebastián. Entre pasar la noche en el Escorial o proseguir al encuentro de los reyes, prefirieron esto último; y en el tren-correo, a las nueve de la noche, continuaron su marcha hasta Avila, donde tuvieron ya el itinerario oficial del tren regio, que cruzaría con el del correo en la estación de Beasain. El tren regio no traía, sin embargo, a S. S. M. venía tan solo en el S. A. R. el infante conde de Girgenti, ganando horas, para Madrid, a ponerse al frente de su regimiento. Con la noticia que el infante comunicó, de que S. M. no había podido salir aquella tarde y que lo verificaba por la noche, los ex-ministros avanzaron hasta San Sebastián, y una hora después tenían el honor de ser recibidos por S. M., de oír de sus augustos labios las frases más lisonjeras con motivo de su dimisión, y de despedir respetuosamente a la real familia que aquella noche a las doce debía partir para Madrid.

Cuando por la mañana supieron los ministros dimisionarios que la reina, con su familia y servidumbre, se había vuelto desde el tren real, en virtud de partes telegráficas del presidente del Consejo, sin presentarse de nuevo en la morada de los reyes, y en la prevision de que su permanencia al lado de la corte pudiera ser objeto de interpretaciones erróneas, y aun causa de desagrado para el depositario responsable del poder ejecutivo, salieron temprano de la capital de Guipúzcoa para

trasladarse a la ciudad de Bayona. Habían cumplido el deber que los impulsó a salir de Madrid el día 20 de Septiembre; y es de advertir que si su dimisión hubiera sido aceptada en el Consejo celebrado por la mañana, habrían salido en el tren expres de las tres de la tarde, y hubieran llegado a San Sebastián, en ocasión quizá de evitar a su reina alguna amargura de tantas y tantas como ya entonces, y sin cesar después, han atormentado su corazón maternal y generoso.

Los ministros dimisionarios aludidos por el general Concha, no consideraban la situación de España y de Madrid más grave ni menos grave que lo que realmente era; sabían la historia y el desarrollo de los planes revolucionarios; y sabían que a aquella hora era venible la rebelión; en cuanto a Madrid, las dignas autoridades militar y civil estaban bien seguras de la fuerza inmensa de que disponían, y de lo difícil, si no imposible, que era la turbación del orden público. En aquellos momentos nadie abrigaba temores en Madrid; mucho menos podían abrigarlos quienes conocían con exactitud matemática los elementos exigüos con que contaba la revolución, y los elementos poderosos con que contaba la autoridad. Alguno de aquellos ex-ministros se presentó en Madrid cuatro días más tarde y conferenció con los generales Concha, que le hicieron la honra de invitarlo a su mesa, y estuvo en la capital casi todo el tiempo que duró el ministerio del señor marqués de la Habana.

En tanto, casi todos los hombres políticos que habían formado el gabinete anterior, sin exceptuar el presidente, vivían en Bayona, alejados de la corte, sin influir directa ni indirectamente en el ánimo de la reina; a cuyo lado seguía desempeñando sus funciones el antiguo ministro de Estado. Si hubo alguna carta para los generales en jefe de los ejércitos de operaciones, si hubo candidaturas para los ministerios de Gobernación y Hacienda, a los pocos momentos de declarar el presidente del Consejo que no le urgía tener ministros; si los intereses políticos se agitaron en aquellos nueve días, ya por conducto de diplomáticos y emisarios, ya por la vibración más rápida del alambre eléctrico, nada de esto puede alcanzarse a los que en los días 18 y 20 dejaron de ser ministros, y el día 21 vieron por última vez a la reina en territorio español.

Repetimos que la historia de los tristes sucesos de Septiembre de 1870 no está escrita; abrigamos la esperanza de que la Memoria del señor general Concha nos diese realizada la mayor parte del trabajo histórico-político a que en un principio nos hemos referido; y con la Memoria a la vista nos convencemos de que falta más de un hecho y sobra más de una apreciación. No era digno de mencionarse que el rey y el infante D. Sebastián pidieron tomar parte en las operaciones militares? ¿No merecía ser conocido un telegrama en que la reina exponía su firme voluntad de no salir de España en tanto que le quedase un solo soldado leal? ¿No hubiera sido bueno publicar íntegros los despachos telegráficos dirigidos desde Madrid a las autoridades militares después de la batalla de Alcolea? La junta de generales, en que se tomó la más grave de las decisiones, y luego a poco la aparición de la junta revolucionaria encargándose tranquilamente del poder, ¿no son puntos cuyo esclarecimiento exige algunos párrafos más de los que la Memoria nos consagra?

No es hoy nuestro objeto responder de repente con un largo escrito al muy meditado del marqués de la Habana, que en este día llega a nuestras manos. Sin el propósito de oponer Memoria a Memoria, la nuestra tocará no obstante muchos puntos de los que abraza la actual; y si conseguimos suministrar a la historia imparcial y serena algunos materiales, de que sin duda ha menester, creéremos haber hecho un beneficio a la causa de la justicia; al mismo tiempo que cumplimos con un deber de lealtad y de consecuencia.

Para rectificar los hechos que personalmente nos interesan en la forma sencilla y explícita que en esta carta hemos adoptado, no nos ha sido posible, por angustia de tiempo, contar con el acuerdo expreso de nuestros colegas los señores marqués de Roncali y general Mayalde, que residen a larga distancia de nosotros, pero cuya adhesión no nos parece dudosa, tratándose del mejor servicio de la reina y de la patria.

Damos a V. Sr. Director los gracias más expresivas por su deferencia y bondades, y nos ofrecemos de V. afectuosos amigos seguros servidores Q. B. S. M.

Barriariz 9 de marzo de 1870.—Luis Gonzalez Brabo.—Carlos María Coronado.—El marqués de Orovisio.—Martín Belda.—Severo Catalina.—Tomás Rodríguez Rubí.

LA MUERTE DE DON ENRIQUE.

Una bala fratricida, disparada por el duque de Montpensier, candidato a la corona de San Fernando, ha privado de la existencia a su próximo pariente el infante de España D. Enrique.

Al fijar hoy nuestra atención en catástrofe tan terrible, la imparcialidad más severa guiará nuestra pluma. El ministerio de la prensa es un sacerdocio, y nunca como en la ocasión presente anhélamos que el interés de partido no nos ciegue, y que solo la moral nos sirva de guía, prestando-nos la historia su buril y la justicia su exactísima balanza.

Después de tragedia tan lamentable, abandonará definitivamente resultamente D. Antonio de Orleans sus proyectos ambiciosos, o servirá las ansias de su primo para escribir un nuevo memorial a la nación ibérica?

Si tuviéramos la certeza de la renuncia formal del duque, no nos ocuparíamos de un asunto de la competencia de los tribunales; pero por signi-

ficativo que sea el silencio prudente de la prensa montpensierista, y por absurdo que parezca el argumento, hay quien afirma que, probado el valor del duque en el lance personal referido, su conducta más le enaltece que le deprime, más le aproxima que le separa del trono.

«Cabe mayor abstracción! Solo en estos desventurados tiempos, en que se juzga perdido el sentido moral, y en que las cabezas mejor organizadas parecen presa de una vertiginosa alucinación, es posible formular seriamente tan deleznable sofisma.

Los pueblos desean, es cierto, que brillen en la persona que los dirige cuantas cualidades enaltecen la naturaleza humana, y entre ellas descuella en primer término el valor; pero es el valor sereno que inspira las causas santas, y no el valor ficticio que engendra la calentura del odio.

No en desafíos contra sus parientes dieron prueba de acrisolado valor Aumale y Joinville, hermanos de Montpensier, sino al frente de ejércitos ó mandando escuadras. Ocasiones sobradas tuvo el duque de dar prueba de su ánimo esforzado, y si tal prueba le corría gran prisa, pudo batirse en Alcolea, combatir á los republicanos y carlistas, ó, lo que hubiera sido más noble y levantado, ir á exterminar á los enemigos de su patria adoptiva allende el Océano.

El haber muerto á su primo hermano á diez pasos de distancia, después de dispararle tres tiros, probará valor, si se quiere; pero es demencia el considerarlo como un título para adquirir un trono. «No producirá fruto, aunque la labra, la tierra que manchaste con la sangre de tu hermano.» Hé aquí la maldición del cielo al primer homicida.

Muchas veces nos hemos preguntado quién indujo á D. Antonio de Orleans á pretender la corona de España, que no vio lo imposible y absurdo del proyecto; imposible por los antecedentes del duque, absurdo por la persona que ocupa el sítio de Francia.

Quien violentamente quiso hacer abdicar á su anciano padre, quien abandonó á su esposa en medio de los azares de la revolución francesa de 1848, quien pagó el dinero para destronar á su hermana, y quien acaba de matar á su primo, no puede empuñar el cetro de Recaredo; la conciencia pública lo rechaza, la conciencia pública que, según la oportuna observación del ilustre Balmes, sobrevive al naufragio de la moral privada.

La coronación de D. Antonio de Orleans, á nadie se le oculta, nos proporcionaría la enemistad más ó menos embozada, pero siempre temible, de Napoleón. No se opone esto á la alitve española, pero las complicaciones serían seguras, y en pró de un candidato impopular. Nos aventura a predecir que su coronación nos sumiera en las mayores calamidades, estallando una guerra civil, dentro quizá de una guerra europea.

Triste privilegio el de España, haber sido con dolorosa frecuencia el teatro sangriento de las encarnizadas luchas del orbe; triste privilegio, que data de remotísimos tiempos, y que hay quien no se para en tratar de renovarlo. Aquí tuvieron lugar las principales escenas de las guerras púnicas; aquí César y Pompeyo disputaron el imperio del mundo antiguo; aquí salvamos á Europa de la terrible invasión del Islamismo, tras ocho siglos de continua lucha; el testamento de Carlos II trajo á guerrear en España á las naciones más poderosas, y para abatir la soberbia del moderno Alejandro, también fue España, el pelagón escogido: entre nosotros aprendió Wellington á vencer á Napoleón: en nuestra patria, Inglaterra y Francia escribieron con letras de sangre española el glorioso prólogo de la tragedia que acabó de Waterloo en la dilatada llanura. Incomprendible ceguera la del que llamaba á España nuevamente al torbo genio del exterminio.

Perolos pocos aunque decididos personajes que, arrostrando todas sus inmensas dificultades defendían esa funesta candidatura, deben considerar si la bala que atravesó la sien de D. Enrique no rompió al propio tiempo el compromiso con Montpensier celebrado.

¿Qué decimos sus partidarios? El mismo duque debe saber el efecto que ha causado en el pueblo el homicidio por él cometido, y abandonar para siempre las playas españolas á fin de que nos olvidemos de su nombre.

Basta de delitos, basta de sangre. El duque vino á Madrid á buscar la salud del cuerpo, y lleva dañada el alma; vino á llamar á las puertas del palacio, y las puertas del templo de la justicia son las que le abre la ley; vino á adornar su frente con la aureola de la caridad, y sobre su frente lleva el estigma del homicida.

Creámos el señor duque de Montpensier: á él nos dirigimos con sinceridad completa, con la mejor buena fe; desde hoy insistir en su candidatura, es ya inútil temeridad.

Sus manos están teñidas en sangre española. El crimen sigue siempre los pasos de la ambición. El cadáver del infante le cierra el camino del trono. Repetamos las palabras del Génesis, la maldición de Cain: «No producirá fruto, aunque la labras, la tierra que manchaste con la sangre de tu hermano.»

POPULARIDAD DEL GENERAL PRIM.

El general Prim fué anteaer denostado y ultrajado de palabra y obra por algunos grupos de personas de ambos sexos que habían acudido á la manifestación contra las quintas. Cercáronle en apinada masa, le interperaron acerca del cumplimiento de sus antiguas promesas respecto á la abolición de las quintas; habló el general para decirles que nada podía hacer en el asunto, por ser de la exclusiva incumbencia de las Cortes; mas de nada sirvieron sus excusas para calmar á aquella muchedumbre, que cada vez se encrespaba más contra el que hace año y medio era su ídolo. Arrearon las voces, multiplicáronse los insultos, y todo indicaba que se iba á llegar á las vías de hecho: el general Prim lo comprendió, y metiendo espuelas pu lo salir de aquel grupo, donde ya nada bueno le podía suceder. Siguiéronle furiosos algunos de los manifestantes, y no se limitaron á dirigirle insultos, sino que le dirigieron algunas piedras, una de las cuales alcanzó al general.

El asunto se llevó ayer á las Cortes: el Sr. Soler, como uno de los jefes de la manifestación contra las quintas, dió explicaciones acerca de lo sucedido, y protestó contra la idea de hubiese sido

obra de la manifestación, pues esta se había ya disuelto: el general Prim culpó á los republicanos, y dió que todo había sido consecuencia de los discursos pronunciados por los directores de la manifestación: habló después el Sr. Rivero, de cuyo discurso nos ocupamos en otra parte, y tanto este como el del general Prim son muy dignos de tenerse en cuenta, y se prestan á muchas é importantes reflexiones.

Muy triste debió de ser para el general Prim la actitud en que, respecto á su persona, vió anteayer á una parte del pueblo de Madrid; de esa que hace diez y seis meses llamaba pueblo; del que le acompañó á su entrada en la capital y le victoreaba y aclamaba; de aquel mismo pueblo á quien se hacía entonces gritar abajo los Borbones! y á quien ahora por el curso natural de los sucesos y de la lógica ocurre gritar abajo Prim! En vano, para atenuar el efecto que en la opinión pública y antes que todo en el ánimo del mismo general habría de producir aquel suceso, se apela al gastado y pobre recurso de culpar á los agentes de la reacción como autores ó instigadores de aquel desmán: en vano se dice que allí había antiguos agentes de policía de González Brabo, como dió el Sr. Rivero: lo de los agentes de la reacción es ya una perfecta ridiculez, y en cuanto á los que se dice haber sido de la policía del Sr. González Brabo, pudiera muy bien acontecer que realmente hubiese alguno de aquellos de quienes se dió haberse servido los revolucionarios: en cuyo caso no hubieran sido agentes de aquel ministro, sino de sus enemigos, en cuyas filas militarian hoy dignamente.

Los tiempos han variado por completo: el pueblo que antes encumbraba hasta las nubes al general Prim, ahora quiere arrojarte al suelo; antes le arrojaba flores, y ahora le arroja piedras; continúan las cosas como van, y nada habrá de extraño en que llegue un día en que las piedras se conviertan en balas desde las barricadas. El lenguaje empleado por el mismo general en la sesión de ayer es una prueba relevante del cambio que hemos dicho haberse efectuado en la opinión: las masas le son hostiles, y cada día más; y el general Prim, en su buen juicio, puede comprender cuál es el verdadero motivo: algunos de los tumultuarios manifestantes le dieron en rostro con su inconsecuencia y falta de cumplimiento de sus promesas, pero preciso es convenir en que el precedente de haber derribado al monarca, no es el más favorable para declarar invulnerable y sagrado á un presidente del Consejo de ministros: hay ejemplos muy funestos para los que los han dado.

Hablese cuanto se quiera de agentes de la reacción; los hombres sensatos harán justicia de tales invenciones y recursos; el pueblo, eso que se llama pueblo, no necesita más instigadores que las ideas que se le han predicado y lo que ha visto desde Setiembre de 1868: él se encarga de sacar todas las consecuencias: se le han predicado los derechos individuales; allí están esos derechos en ejercicio; no sabe ejercerlos de otra manera; será muy sensible verle en esa actitud, pero debe serlo más haberle puesto en tan mal camino.

Hé aquí cómo refieren el suceso algunos de nuestros colegas. *La Política*, después de hacer una descripción de lo ocurrido en la manifestación, concluye de esta manera:

«A las cinco y media se dió por terminado el acto, y los manifestantes, casi dispersos, volvían á Madrid, cuando alcanzaron al presidente del Consejo, que volvía también seguido de los voluntarios á quienes había revistado. Un grupo numeroso se interpuso entre la fuerza ciudadana y el general, que quedó completamente rodeado de gente, y se vió obligado á detener el caballo para no causar alguna desgracia.

Los manifestantes comenzaron á gritar abajo las quintas! y el presidente del Consejo les dirigió entonces la palabra, para manifestar que él no podía hacer nada en el asunto, que era de la exclusiva incumbencia de las Cortes. Pero sease que el número diera ánimo á los federales, sease que creyeran ver en las palabras condescendientes del ilustre general un principio de debilidad, arreciaron en los gritos, mezclando con ellos algunas amenazas, que obligaron á aquel á mostrarse enérgico. Levantó el látigo, picó el caballo, y en un momento se vió fuera del círculo de los alborotadores, que no se atrevieron á intentar detenerlo.

Unos cuantos, viniéndole de espaldas, cometieron la heroicidad de lanzar contra él piedras, de las que no sabemos si le alcanzó alguna. Pero pronto se calmó el fiero tumulto, alzado por la indignación del público que llenaba los pasos. Los agentes de orden público prendieron á catorce ó quince personas; pero por orden del mismo general Prim las pusieron inmediatamente en libertad.

Anoche en todos los círculos de Madrid se comentaba calurosamente este suceso, y se añadían algunos detalles de que no creemos prudente ocuparnos hasta verlos consignados en algún otro periódico. Pero al mismo tiempo que todo el mundo alababa la serenidad del conde de Reus y disculpaba la indignación justísima que debe sentir contra los insensatos que pusieron en peligro de un grave conflicto á la población de la capital derramada en los pasillos, condenaba enérgicamente la conducta de los directores de la manifestación, que no solo extraviaron la opinión de los manifestantes, sino que en el momento crítico no tuvieron una palabra para recomendar el orden.

El Tiempo, en su número de anteaer, decía lo siguiente:

«Parece ser que el general Prim ha querido presenciar el ejercicio del batallón de voluntarios de que es capitán su hijo, el vizconde del Bruch, en las afueras de Puerta de Alcalá, y con tal motivo, hubo de encontrarse con la manifestación.

Al penetrar D. Juan Prim entre los grupos, se asegura que algunos de los manifestantes le arrojaron naranjas.

En otra parte iban con las naranjas algunas piedras, según hemos oído decir.

Los proyectiles eran acompañados de silbidos y gritos poco simpáticos.

Se dice que en la Puerta de Alcalá, y al llegar á la Puente de Cibeles, revolviendo precipitadamente su caballo, señalaba con demostraciones de mal reprimida ira á los agentes de orden público alguno ó algunos de los que él creía que tomaban una parte más activa en la silba.

Esto dió ocasión á que hasta cierto punto se marcara por algunas partes un principio de esas carreras que suelen extender la alarma por las calles.

La estrella del general Prim se va eclipsando.

Sic transit hiujus mundi gloria.

El Imparcial:

«La manifestación se disolvió á las cinco y media con el mayor orden.

«A alguna distancia del punto en que tenía lugar la manifestación, estaba haciendo el ejercicio un batallón de voluntarios del distrito del Hospital.

Al disolverse la manifestación, se retiraba también hacia Madrid el citado batallón, á cuya cabeza iba el presidente del Consejo de ministros, con su hijo, sus ayudantes, y un jefe de artillería.

Los manifestantes rodearon al general Prim, impidiéndole el paso así como al batallón, dando gritos de viva Prim! abajo las quintas! y dejándose también oír algunas frases bastante inconvenientes.

De un grupo salió un terror, que pasó rozando al vizconde del Bruch.

El presidente del Consejo de ministros intentó dirigirlas la palabra; pero no logró hacerlo, merced á la algazara producida por los gritos y chillidos de los manifestantes.

Los diputados de la minoría Sres. Sorni, Soler y Biane, consiguieron abrir paso, y el general Prim pudo entonces salir de aquella baralunda.

Hubo un momento en que se temió ocurriese un conflicto, que evitó sin duda la prudencia y serenidad del general Prim y del batallón de voluntarios del distrito del Hospital.

El presidente del Consejo de ministros entró en Madrid por la Puerta de Alcalá, y al llegar cerca de la fuente de la Cibeles, un grupo de chicos, en su mayor parte, que venían siguiéndole de cerca, repitieron las escenas anteriores, viéndose el general Prim en la precisión de tener que volver el caballo y amenazarlos por los dependientes de la autoridad cinco de los promovedores del alboroto.

En el salón del Prado y paseo de la Castellana, tan concurrido como de costumbre, hubo un momento de conmoción, que cesó casi instantáneamente, continuando su paseo la mayor parte de los concurrentes.

El número de manifestantes puede calcularse de mil quinientos á dos mil, número que se aumentó con algunos curiosos en las afueras de la Puerta de Alcalá.

Tiene razón *La Correspondencia*; estamos un tanto equivocados al anunciar en un suelto de nuestro número del domingo, una de las operaciones más gravosas que se han hecho hasta la fecha por el Sr. Figuerola. El perjuicio que sufre el Tesoro público es muchísimo mayor que el que indicábamos en dicho suelto y las condiciones más onerosas y depresivas.

Pero no es esto todo: lo que no hemos podido comprender es con qué derecho ni al amparo de qué ley ó precepto legal se hace un empréstito, y menos en la forma que lo propone el ministro de Hacienda, ni tampoco cómo se tiene siempre abierto un empréstito y por cantidad ilimitada.

En Madrid y en París se recibe sin limitación alguna todo el dinero que se quiera emplear en el empréstito, al precio que esté el cambio si es en Madrid y en París en francos.

El director general del Tesoro, en nombre y representación del Excmo. señor ministro de Hacienda, es el que extiende los contratos, los que, según nuestras noticias, se hacen en las condiciones siguientes:

1.ª Se entregan al interesado letras expedidas por la dirección general del Tesoro, á cargo del presidente de la comisión de Hacienda de España en París al plazo que se convenga, á contar desde el día que se firme el contrato, por la cantidad que sea necesaria para que, deducido el 10 por 100 anual y la comisión de medio por 100 al tirón, resulte líquida la cantidad que se anticipa.

2.ª En garantía del total de dichas letras, y para asegurar su pago al vencimiento, el presidente de la comisión de Hacienda depositará en el Banco de Francia á nombre del interesado, títulos de la Deuda consolidada del 3 por 100 exterior, emisión de 1.º de Julio de 1869, por una cantidad nominal mayor de 2 por 100 del precio de la Bolsa.

3.ª En el caso de que no sean pagadas las letras á su vencimiento y de que el señor presidente de la comisión no hubiere verificado el depósito de que habla el artículo siguiente, los títulos depositados en fianza se realizarán con arreglo al artículo 93 del Código de comercio francés, tal como lo ha modificado la ley de 20 de Mayo de 1863. La realización podrá verificarse en la plaza de París ó en cualquiera otra de Francia ó del extranjero.

4.ª Si el tipo á que se cotice la Deuda exterior en París llegase á bajar por circunstancias imprevisibles á 21 por 100, el presidente de la comisión de Hacienda deberá aumentar la garantía en cantidad suficiente para mantener siempre una diferencia de 2 por 100 á lo menos entre la cantidad anticipada y el valor cotizado en la Bolsa de París de los títulos del 3 por 100 exterior.

Faltando el presidente de la comisión de Hacienda al cumplimiento de esta condición, los títulos que existan en el Banco de Francia, se venderán diez días después de haber dado conocimiento de ello al referido presidente por carta certificada.

5.ª No llegando el caso eventual indicado en los artículos 3.º y 4.º que preceden, se entiende que los mismos títulos que componen la fianza establecida se devolverán al presidente de la comisión de Hacienda con todos los cupones, incluso el que vencerá el día 30 de Junio próximo inmediatamente que sea reembolsado.

6.ª Si fuere necesario aplicar los artículos 3.º y 4.º, después de ponerse de acuerdo el interesado con el señor presidente de la comisión de Hacienda, acerca del modo de realizar la venta de los títulos, se formará una cuenta de venta, y en este caso el interesado tendrá derecho: 1.º, á una comisión de medio por 100 sobre el valor nominal que comprenderá el precio de corretaje; 2.º, el derecho de sello que exige el gobierno francés fijado en 1 por 100 sobre el valor nominal en el caso de que los títulos se vendiesen en Francia.

7.ª Queda entendido que el interesado es la única persona que conservará derecho á ser reembolsado por la venta de los títulos en el caso de que las letras no se paguen á su vencimiento.

El gobierno no reconocerá el derecho á ninguna otra persona aunque las letras se hallen en poder de un tercero por endoso ó por cualquier otro motivo.

8.ª El presidente de la comisión pagará las costas y gastos que pueda ocasionar el presente contrato, para cuyo cumplimiento eligen los infrascritos domicilios en París como sigue:

El director general del Tesoro, Rue de la Tour d'Aud, núm. 5, y el interesado.... Esta elección de domicilio concede jurisdicción, y los contratantes la dan en cuanto sea necesario al tribunal del comercio del Sena.

Basta leer con alguna detención las ante-

riores condiciones, para comprender, por poco versado que se esté en asuntos de Hacienda, lo monstruoso y absurdo de una negociación de que hasta ahora, no solo no había ejemplo, sino que no era fácil imaginar que lo hubiese, aun teniendo presente que el actual ministro de Hacienda lo es el Sr. D. Laureano Figuerola, ministro obligado de Hacienda del conde de Reus.

La Epoca, que en vano ha tomado á su cargo la poco envidiable tarea de crear disidencias entre nuestro ilustrado colega *El Tiempo* y nosotros, supone en su número del domingo que nosotros hemos atacado al señor marqués de Miraflores, y como al buen pagador no le duelen prendas, vamos á ocuparnos de este asunto, no tanto por *La Epoca*, que no debe tener interés especial en él, sino por deferencia á nuestro apreciable colega *El Tiempo*, después de las intencionadas indicaciones hechas por el periódico de la calle de las Torres.

Conviene *El Tiempo* con nosotros en reprobar la conducta del marqués de la Habana; pero dice que no puede convenir en envolver en la reprobación de los actos del marqués de la Habana á personas respetables que de ellos no han participado. Y tiene razón, que le sobra, *El Tiempo*. ¿Quién ha sido el que ha envuelto á personas respetables en la reprobación de los actos del marqués de la Habana, sin haber participado de ellos? Por nuestra parte, ignoramos que haya ocurrido; y si conociéramos el texto literal en que eso constase, habríamos reprobado también el que se haya confundido á esas personas con los actos del marqués de la Habana, que tan funesto influjo ejercieron en el abandono y ruina del trono legítimo. Volvemos á repetir que nosotros no tenemos de ello la menor noticia.

Dice luego *El Tiempo* que ha visto con sentimiento, en uno de sus apreciables colegas, un inmerecido ataque á su querido amigo el señor marqués de Miraflores, á quien se supone con ansia del poder, y no queriendo, sin embargo, pasar por hombre político.

Nosotros no hemos citado para nada el nombre del señor marqués de Miraflores; pero como hemos emitido alguna idea parecida á la que indica nuestro estimado colega, debemos decir que insistimos cada día con mayor y más profundo convencimiento en las opiniones generales que hemos manifestado; y que en esta parte tenemos la misma opinión que sostuvieron los apreciables escritores de *El Tiempo*, cuando en 1863 las hicieron conocer valerosamente en *La Libertad*, que con tanta gloria suya publicaron. Y tenemos la misma opinión que formularon y sostuvieron vigorosamente los escritores de *El Contemporáneo* en los primeros números de su publicación.

Si estos apreciables escritores han cambiado de opinión, nosotros nos hemos confirmado en la suya de antes y en la nuestra de ahora.

Volvemos á repetir que no hemos citado nosotros el nombre del señor marqués de Miraflores; que mucho menos hemos pretendido hacerle responsable de los actos del general Concha, en su último ministerio, y que nadie nos podrá citar una palabra en que esto se pruebe.

A las doce de la noche del sábado entró en Carabanchel Alto, en el carro de un hortelano, custodiado por cuatro guardias civiles y conducido sobre un colchón, el cadáver del infortunado don Enrique de Borbon, cuyo cadáver, iba acompañado del alcalde, que, avisado del sangriento suceso, fué á recogerlo.

El cadáver se colocó sobre una mesa, en un cuarto que pertenece á la casa-ayuntamiento; al rededor de la mesa cuatro blandones, y así pasó la noche, siendo custodiado por la guardia civil y los dos serenos de la población.

A las nueve y media de la mañana del domingo se sacó el retrato del cadáver, y á las diez le hicieron la autopsia los médicos de ambos Carabanchales.

A las once y media fué trasladado el cadáver á Madrid en un gran ómnibus, acompañándole unos doce ó catorce amigos que fueron á reclamar el cadáver, y los cuatro guardias civiles.

Todos los vecinos de los dos Carabanchales se apresuraban á contemplar el cadáver, censurando el homicidio y el poco celo que para evitarlo había desplegado el gobierno.

A la noticia dada por algún diario orleanista de que el duque de Montpensier había ofrecido al ayuntamiento los fondos necesarios para construir un barrio, destinado á gran número de obreros, manifestó *El Imparcial* que las gestiones del señor duque no fueron para ofrecer dinero, sino para pedir gratis los terrenos donde se proponía hacer la edificación.

Está visto que el leal y generoso pretendiente rancés es aficionado á obtener regalos de esta clase, pues parece que en los días anteriores á su salida de Sanlúcar para Lisboa, logró que aquel ayuntamiento le cediese gratuitamente una extensión no pequeña de terreno, donde el duque se apresuró á levantar de ríentinos un gran edificio para bodegas.

Se dice que el expediente relativo á esta concesión, debe hallarse en poder del gobierno, y convendría saber si ha sido ó no aprobada, para poder juzgar del grado de legitimidad con que se está poseyendo dicha porción de terreno.

En Cádiz siguen las clases pasivas, civiles y militares en el mayor abandono, á pesar de sus continuos clamores y los de la prensa.

En contraposición con la desgracia que á dichas clases afige y los apuros en que también se vé allí la marina, recordamos que al rebelarse al Sr. Topete el 18 de Setiembre, solo se debía á aquel departamento la mensualidad de Agosto, habiendo percibido en dicho mes y los inmediatos del siguiente, 2.568,880 rs.

A las clases pasivas solo se adeudaba Agosto, es decir, tenían diez y ocho días de atraso.

El clero se hallaba al corriente.

La diputación provincial satisfecha de sus recargos, y con dos millones próximamente en caja con destino á carreteras, después de cubiertas todas sus obligaciones.

Y sin embargo, el Sr. Figuerola dice que ahora son menos los atrasos que en tiempo de los reaccionarios.

Tenemos entendido que, á pesar de que debe

existir en las cajas de Ultramar millon y medio de reales destinados al pago de alcances de los ejércitos que fallacen en las provincias ultramarinas, hace más de un año que no se abona un cuarto por este concepto.

Esperamos que la prensa ministerial nos explique por qué dejan de satisfacerse obligaciones tan sagradas.

La Iberia da la noticia de haber llegado á Pa-deos. De esta manera, dice el colega que viene á justificar su desobediencia á las órdenes del gobierno de la revolución.

El mismo periódico aconseja al gobierno que adopte medidas severas, que él llama justas, contra el proceder de dicho general, que califica de indigno.

Esta palabra es completamente inofensiva. Está tomada del diccionario de *La Iberia*, cuyo diccionario es público como lo calificó un periódico francés. Segun ese diccionario, lo digno, lo patriótico es ser traidor, desleal, perjuro, venal y desconocer ó olvidar completamente los deberes que imponen la profesión militar y el juramento prestado sobre la cruz de la espada. La noble conducta del general Lersundi, que no se ajusta á la antes criminal según las palabras del general Prim, debe por consiguiente ser indigna.

La Iberia, excitando las iras ministeriales contra el general Lersundi, es un modelo acabado de generosidad y de hidalguía.

No pretendemos ser pedagogos de *El País*; pero tampoco creemos á este con las condiciones necesarias para serlo nuestro ni de nadie. Cree encontrar inexactitud, cuando dijimos que en el sitio de Cartagena mandaba el general Córdova, porque fuera general en jefe (como capitán general de Valencia) el general Roncali.

La cuestión, planteada en términos concretos, es la siguiente:

El País se lamentó de los fusilamientos de Alicante y Cartagena ocurridos el año 44. Nosotros dijimos que entonces mandaba allí (en el sitio de Cartagena) el general Córdova, y ahora añadimos que por aquellos señores obtuvo su correspondiente recompensa, y que el 45 era gobernador militar de Madrid, cuando acaeció la sublevación llamada de las tiendas, y que el 46 fué el jefe de la división expedicionaria que marchó á los Estados Pontificios á defender al Papa y á su poder temporal, y que no obstante esto, es ahora uno de los patriotas de la situación.

Nada tiene que ver que fuera capitán general de Valencia el general Roncali cuando ocurrió el levantamiento de Alicante y Cartagena, que es toda la razón que halla *El País* para suponer inexactas nuestras citas.

Mientras no nos pruebe *El País* que no mandó el general Córdova en el sitio y rendición de Cartagena y en los demás cargos que expresamos, de su parte estará la inexactitud y podremos, con más fundamento que él, decirle:

Con que otra vez ser más oportuno en las rectificaciones.

La Correspondencia vendió anoche en Madrid algunos millares menos de ejemplares que el día anterior.

El diario de noticias tampoco dió ayer una sola palabra sobre la catástrofe acaecida al infante D. Enrique, que tanto preocupa á la opinión.

Ayer y anteaer dejó la *Comptente* de ser eco fiel de esa misma opinión, ó lo que es igual renegó de su título.

Es el gran sacrificio que *La Correspondencia* ha hecho por la candidatura del Orleans.

El duque de Montpensier fué siempre agradecido.

Hace unos días copiamos de un periódico de esta corte un telegrama de Londres, en que se anunciaba que el gobierno español había aceptado el arbitraje del emperador de Francia en el asunto del Tornado.

El hecho no es cierto; lo que ha pasado es que el 28 de Febrero, el representante de la tripulación del buque apresado, Mr. Campbell, dirigió una carta al ministro de Negocios extranjeros, lord Clarendon, en que pedía nuevamente que se sometiese el caso de la tripulación del Tornado al arbitraje del emperador de los franceses. Mister Campbell apoya su petición en el dictamen emitido sobre el particular por los Sres. Cortina, Gomez de la Serna, Alonso Martinez y Retortillo, y en lo ocurrido cuando el apresamiento del vapor italiano *Principe Carignano* en las aguas de Creta, cuya cuestión se sometió al arbitraje del ministro de Suecia en Constantinopla por los gobiernos italiano y otomano. Si el gobierno español, concluye diciendo Mr. Campbell, se niega á aceptar este arbitraje, propone que se autorice plenamente al gobierno inglés para sostener las reclamaciones de la tripulación del Tornado por medio de represalias ó otro cualquiera.

El gobierno español no ha aceptado el arbitraje, según resulta de las partes telegráficas.

Parece que el hijo mayor del infante D. Enrique, único que se encuentra en Madrid, ha recibido un telegrama de sus augustos tíos los reyes de España, por el que además de autorizarle á sufragar por su cuenta todos los gastos que se originen en tributar al infante los últimos deberes religiosos, disponen que tan luego como haya cumplido con este sagrado deber filial, se dirija á París, pues se encargan de su porvenir y del de sus demás hermanos.

Cuando el príncipe Pedro Bonaparte tuvo la desgracia de matar á Victor Noir, no aguardó á que los agentes de la autoridad viniesen á prenderle, y su primer acto fué entregarse á los tribunales.

Otro príncipe ha tenido también la desgracia de privar de la existencia, si bien en circunstancias diferentes, á un próximo pariente suyo, y en vez de constituirse preso en justo acatamiento á la ley, recibe tranquilo los plácemes de sus amigos. ¿Qué diferencia de conducta y qué lección tan elocuente!

Leemos en nuestro colega *La Epoca* que el príncipe Alfonso ha desembarcado ya en Marsella, dirigiéndose en seguida á Hyeres al lado de su

abuela, la reina Cristina. Allí permanecerá algún tiempo.

Nuestras noticias, que tenemos por muy exactas, son que S. A. el príncipe de Asturias ha creído un deber visitar a su excelsa abuela, la reina Cristina, permaneciendo a su lado muy pocos días y dirigiéndose luego a París, donde le espera su madre la reina doña Isabel II.

Hoy a las doce tendrá lugar el entierro de don Enrique de Borbón.

Desde las seis de la tarde de ayer se habían fijado a la puerta de la casa que fué morada de este infortunado infante, unos anuncios, que literariamente dicen así:

Españoles

Se os conoca a la conducción del cadáver para mañana a las doce.

Vieja España.

Según se asegura, el acompañamiento será numerosísimo, pues no solo concurrirán todos los amigos políticos del finado, sino multitud de personas de diversas fracciones políticas y otras que, sin estar afiliadas a partido alguno, quieren hacer así una protesta contra las bastardas ambiciones del duque de Montpensier y de sus patrocinadores.

En la escuela de invasión que viene inserta anoche en *La Correspondencia*, se fijó la hora de la una del día de hoy para la conducción del cadáver desde la casa mortuoria a la sacral de San Isidro.

Se nos dirige el siguiente comunicado, que insertamos con mucho gusto:

Dr. Director de El Eco de España.

Muy señor mío: En la Memoria publicada por el marqués de la Habana, se dice que el 20 de Setiembre, a su llegada a esta capital, se sabían los pronunciamientos de las guarniciones de Cádiz y Sevilla, y se suponían los de las de Ceuta y Algeciras.

Presidiendo de Sevilla y Ceuta donde el verdadero pronunciamiento fué del general segundo cabo y del comandante general, que arrastraron a aquellas guarniciones, debemos consignar que en Cádiz no llegó a pronunciarse el regimiento de artillería de aquella plaza, el cual salía del castillo de Santa Catalina, por medio de una capitulación cuando resignó el mando la autoridad militar; y en cuanto a la guarnición de Algeciras, esta permaneció fiel hasta el último momento, en que, presentándose en aquellas aguas el general Prim, y refugiado en Gibraltar el capitán general del distrito de Sevilla, aislado y sin órdenes del gobierno, aquel comandante general, se vió en la precisión de entregar sus fuerzas, leales hasta que aquel dejó de mandarlos.

Esto prueba que en aquellas plazas, así como en el resto de España, la gran mayoría del ejército no se pronunció, sino que, abandonado por falta de plan, de unidad y de órdenes para resistir, tuvo que ir transigiendo a medida que iban pronunciándose las poblaciones, ó mejor dicho, las turbas desenfrenadas.

Ayer estuvo reunida la junta de gobierno de la audiencia de Madrid, ocupándose únicamente del suceso acaecido el sábado último en la dehesa de los Carabanchelos. Sin duda fué de gran importancia y se consideró el asunto de la mayor gravedad, cuando los presidentes de las salas, que como es sabido, constituyen la junta de gobierno con el fiscal y bajo la presidencia del regente del tribunal, no asistieron a la vista de los pletos ó causas, por no dejar de celebrar aquella sesión.

Veremos lo que resulta.

Parece que ayer salió, con dirección al pueblo de Cienfuegos, de esta provincia, el general Milans del Bosch, a quien parece acompaña una escolta de un sargento, un cabo y ocho húsares.

¿Qué misión llevará el general Milans del Bosch, cuando marcha con escolta? preguntarán nuestros lectores.

El general Milans va de caza.

La Correspondencia va entrando en razón desde que ha estado próxima a ver coronado a su candidato. Sus escrúpulos revolucionarios le impidieron en Octubre del 68 publicar la escuela mortuoria del bizarro y desgraciado comandante Meca, muerto en Alcolea defendiendo a su reina, fiel a su juramento y cumpliendo con sus deberes militares.

En cambio en Marzo del año 1870 inserta la del infante D. Enrique de Borbón, enemigo acérrimo de su gran patrono el duque de Montpensier, y muerto por éste como todo el mundo sabe.

¿Cómo cambian los tiempos, cómo cambian las revoluciones, y cómo cambian los revolucionarios!

De *La Epoca* tomamos el siguiente párrafo: «Se han realizado los rumores que habían corrido sobre separación del conde de Valmaseda. El imparcial anuncia haberse recibido un despacho telegráfico de la Habana con noticias satisfactorias de la insurrección, y en el cual se anuncia también el embarque para la Península del general Villate, conde de Valmaseda.

Este general, que había adquirido gran popularidad en la isla de Cuba por su decisión para perseguir a los rebeldes, ha sido destituido como se ve y enviado a la Península. No cometeremos la imprudencia de juzgar un acto cuyas causas y cuyos pormenores desconocemos, pero desamos vivamente que en el estado de exaltación en que la infame guerra de los insurrectos tiene los ánimos en la isla de Cuba, la separación del general que ha dado tantas muestras de su bizarría y de entusiasmo por la causa de España no sea causa de nuevas complicaciones.

Estamos completamente de acuerdo con el comentario que hace *La Epoca* sobre este hecho.

Un artículo de cinco columnas y algunos sueltos dedica *La Política* a tratar de la muerte del infante D. Enrique, y a buscar la verdad legal sobre la persona que haya sido causa de esta catástrofe. Mentira parece que *La Política* sea tan cándida, y sobre todo, que conciente tan cándida a los habitantes de Madrid!

La tenaz permanencia del duque de Montpensier en Madrid, a pesar de estar señalado por la opinión unánime como el autor de la muerte en duelo del infante D. Enrique de Borbón, tiene, y con harta razón, justamente indignados a todos

los hombres, sin distinción de clases ni colores, que creen, y no sin fundamento, que hasta ser aspirante, y hasta pordiosero de un trono, y estar apadrinado por unos cuantos ambiciosos políticos, para evitar la ley, insultar la opinión, y sobreponerse a la vindicta pública.

Las muchas gentes que afuian ayer a las avenidas de la casa que en la calle de Fuencarral ocupa el duque de Montpensier, dudaban si la gran masa de agentes de orden público que ocupaba todos los alrededores del edificio, estaba allí para dar guardia de honor al duque, para evitar contingencias desagradables, ó cuidando de que no se evadiera, el que muchos decían que si bien continuaba en su casa, era en calidad de arrestado.

PARTE OFICIAL.

(Gaceta del domingo.)

MINISTERIO DE HACIENDA.

L E Y.

Don Francisco Serrano y Dominguez, regente del reino por la voluntad de las Cortes soberanas; a todos los que las presentes vieren y entendieren, salud: Las Cortes Constituyentes de la nación española, en uso de su soberanía, decretan y sancionan lo siguiente:

Art. 1.º Las Cortes Constituyentes declaran que el ministro de Hacienda no pudo dictar la real orden de 15 de Marzo de 1854 condonando al marqués de Badajoz la cantidad de 304,731 rs. 69 cént. de los 609,443 reales 38 cént. que adeudaba al Tesoro público por media anata y lanzas de los títulos de su casa; y como quiera que la cantidad total se había incluido en el presupuesto del mismo año 1854 como ingreso presumible por atraso de contribuciones é impuestos vigentes hasta fin del año 1849, las Cortes anulan la mencionada real orden y sus efectos.

Art. 2.º En consecuencia de lo dispuesto en el precedente artículo, el ministro de Hacienda dictará las órdenes oportunas para que la administración activa proceda a la exacción de este crédito con arreglo a las leyes y disposiciones vigentes sobre la materia.

Art. 3.º Por cuanto la real orden de 15 de Marzo de 1854 fué expedida con abierta infracción del artículo 4.º de la ley de contabilidad de 20 de Febrero de 1850, las Cortes Constituyentes declaran haber lugar a exigir responsabilidad al ministro de Hacienda que refrendó aquella real orden y a los funcionarios que la prepararon; responsabilidad que se exigirá conforme a lo que determinen las mismas Cortes.

De acuerdo de las Cortes Constituyentes se comunicó al regente del reino para su promulgación como ley.

Palacio de las Cortes veinticuatro de Febrero de mil ochocientos setenta y uno.—Manuel Ruiz Zorrilla, presidente.—Manuel de Llano y Perti, diputado secretario.—El marqués de Sardoal, diputado secretario.—Julian Sanchez Ruano, diputado secretario.—Francisco Javier Carratalá, diputado secretario.

Por tanto: Mando a todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas de cualquier clase y dignidad, que lo guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes.

Madrid doce de Marzo de mil ochocientos setenta y uno.—Francisco Serrano.—El ministro de Hacienda, Laureano Figuerola.

La Gaceta del lunes no contiene disposición alguna de interés general.

REVISTA DE LA PRENSA.

La Revolución dedica un artículo a comentar la sesión a que dió lugar la interpelación del señor Castelar, y sentando algebraicamente que Prim es igual a cero, escribe los siguientes párrafos:

«Lo más notable, lo más importante de la sesión del sábado, estuvo sin duda alguna en un serio incidente a que dieron lugar ciertas afirmaciones del orador republicano, contestadas con una rotunda negativa del ministro de la Gobernación.

Decía el Sr. Castelar que el Sr. Riquelme había bajado desde el altísimo sitial de la presidencia a la poltrona ministerial a predicar la conciliación, a hacer política conciliadora.

Y recogiendo entonces la negativa del ministro, la lanzaba al rostro de los unionistas, preguntando a éstos si, ya que el gobierno ni hacía ni predicaba la conciliación, consentían ellos en que se compiese. «Cuando antes, cuando antes», repusieron únicamente los unionistas.

El duelo estaba provocado; el guante quedaba en la arena; el gobierno debía recogerlo; la tempestad amenazaba; los destinos futuros de la patria, iban a fijarse, y entonces el general Prim se levanta, y olvidando tan pronto el desaire reciente como los pasados desaires, y sus sentimientos de hoy como sus promesas de ayer, abre los brazos a la unión liberal y la estrecha, entrambas manos con la efusión de un amigo querido, de un compañero inseparable.

Quizá el presidente del gabinete vendía entonces la suerte de la libertad a cambio del favor de unos cuantos unionistas.

Y es acaso la democracia lo que aquí se practica. El clérigo que alarga la mano para recibir del César su pan de cada día; el mozo que pierde la vida forzado por la suerte; el esclavo que tembala al chasquido del látigo; el criminal que en la hora suprema de la muerte se extremeca al contacto del verdugo; el ciudadano arrancado de su hogar por el arbitrario capricho de un alcalde; el estancero que vende todavía tabaco; la Hacienda que, si ayer estaba mal, puede en cambio empeorarse con que hoy está peor, que digan si es democracia lo que se practica aquí.

Aquí solo impera la incertidumbre y la duda. Ministros que se conceptúan inamovibles, y para quienes nada significan las derrotas parlamentarias ni los anatemas de la opinión pública; mayorías que doblan la cabeza a los mandatos del poder; partidos que constatan con una sonrisa al desprecio de otros partidos; la legislación rota ante un solo gesto de la unión liberal; ese es el cuadro de la política, pintado con la verdad del que nada espera ni nadie teme.

¿Conciliación!

¿A dónde va el general Prim con la conciliación?

¿A la república? No; para eso la buscaría con los republicanos. ¿A desenvolver la democracia dentro de la monarquía? Tampoco; porque si tal fuera su propósito, no formaría alianzas con los que quieren la esclavitud de los negros; sostienen las quintas, esclavizan de los blancos; limitan el sufragio, fuente de los poderes públicos; legislan sobre la imprenta, agente legítimo del pensamiento, y pactan con el verdugo, extranjero maldito en el suelo de la civilización.

¿Dios quiera que el general Prim, a quien Castelar conceptúa ya, por lo indeterminado, como un cerro que se sumerge con todas las cantidades imaginables, no pierda aún algo de su valor, y venga a ser mañana, en sus relaciones con la libertad, una cantidad negativa!

No olvide que todavía vale algo, porque como es mayor que el cero.

El Legitimista Español, impresionado como lo está España entera con la muerte del infante don Enrique, conlana las teorías que admiten el duelo, y concretándose al que ha producido la última catástrofe, escribe lo siguiente, que precisó es confesar no tiene contestación:

«No hemos podido menos de hacer las anteriores reflexiones al observar y ver la terrible frecuencia con que los duelos se repiten. Ayer, D. Celestino Olazá, joven lleno de vida y de esperanzas, buen hijo, honrado ciudadano, cayó por siempre; tal vez por un motivo bien insignificante: hoy, un ex-infante de España, el padre de cuatro hijos, cae por una cuestión política al disparo de la pistola de un hombre con quien le unían estrechos lazos de parentesco, de un hombre que llegó a esta tierra fugitivo, y que en esta tierra halló y entre la familia nobilísima de su víctima, encontró amor y fortuna; de un hombre también padre, que se dice católico y que aspira a la consideración, al respeto, al vasallaje de todos los españoles.

No hay medio de ocultarlo: según todo lo demuestra, el duque de Montpensier ha muerto en desafío a D. Enrique de Borbón, su primo hermano.

Nadie duda de que es tal como lo dejamos consignado, y siendo así, faltáramos a nuestro deber, si por consideraciones estúpidas no nos dirigiéramos al gobierno, a los tribunales de justicia, pidiendo a gritos fierda justicia, justicia y más justicia.

Terminante está el art. 350 del Código penal, que dice así:

EL QUE MATARE EN DUELO A SU ADVERSARIO SERÁ CASTIGADO CON LA PRISIÓN MAYOR.

En la tabla demostrativa del art. 83 del mismo Código penal se lee: «Prisión mayor, de 7 a 12 años.—Grado mínimo, de 7 a 8 años.—Medio, de 9 a 10 años.—Máximo, de 11 a 12 años.

El duque de Montpensier debiera estar ya en la cárcel, porque ni la regla 25 de la ley provisional para la aplicación de las disposiciones del Código, ni el real decreto de 30 de Setiembre de 1853, impiden que se haga efectiva la prisión.

Pero ¿es que los tribunales de justicia no tienen bastantes datos para proceder contra el matador del ex-infante D. Enrique? La voz pública, casi toda la prensa de Madrid, le acusa terminantemente como tal, y la regla 31 de dicha ley provisional dispone que, cuando hubiere motivo fundado para creer a una persona culpable de delito que merezca pena más grave que las expresadas en la regla 25, se declarará el juez la prisión en auto motivado, y expedirá mandamiento por escrito.

Los tribunales de justicia tienen motivo más que fundado, pues, como hemos dicho, todo Madrid, la prensa casi unánime acusa al duque de Montpensier como reo de delito que se castiga con la pena de prisión mayor, y no creemos, no podemos creer que los tribunales de justicia dejen de cumplir con su deber por ninguna consideración humana.

Señor ministro de Gracia y Justicia, ved lo que hacen los tribunales, cómo España está atenta a lo que vos hacéis; vos que lleváis hasta la exageración el cumplimiento de las leyes, aunque se trate de las elevadísimas personas que viven hábitos morados.

El conocimiento de este duelo, corresponde a los tribunales militares? Pues repetimos lo mismo respecto a estos tribunales y al ministro de la Guerra.

La revolución de Setiembre se hizo proclamando la ley igual para todos: revolución de Setiembre, ministros de la Guerra y de Justicia, tribunales ordinarios y militares, que se cumpla LA LEY.

Copiamos de *La Igualdad*:

«Un Borbon francés ha dado muerte ayer mañana, en las afueras de Madrid, a un Borbon español.

Montpensier ha muerto en desafío, de un pistoletazo, a D. Enrique.

El resultado de este duelo ha causado profunda sensación en Madrid. Sin entrar en el examen de las causas que le han producido, y sin juzgar a las personas principalmente interesadas en él, todo el mundo comprende que, dadas las condiciones especiales en que se encuentra hoy el duque de Montpensier, su imprudente estancia en Madrid está siendo, como ya hemos dicho, un motivo perenne de perturbaciones y de inquietud, que puede dar lugar a gravísimos conflictos.

No cumple hoy a nuestro propósito, ni sería digno en estos momentos aplaudir ni censurar la publicación del último manifiesto de D. Enrique contra su primo hermano Montpensier.

Haremos solo constar que si este desdichado príncipe hubiera de retar a todos los que han vituperado su conducta y calificado sus actos, con mucha más dureza que aquel, tendría que batirse con millares de millares de españoles de todas clases, jerarquías y condiciones.

Y si ha creído que, interponiendo una víctima entre su ambición y su creencia impopular, ha de conseguir acallar los clamores de la opinión y sofocar las explosiones del sentimiento público contra sus planes de dominación, se equivoca lastimosamente, porque en la noble tierra de España se da culto a la hospitalidad, pero no consiente nuestra altivez rendir pleito homenaje a ningún extranjero.

D. Enrique deja cuatro hijos huérfanos, y según nos dicen, en un estado de pobreza tal que contrasta con la opulencia del duque francés.

De nuestro apreciable colega *El Comercio* de Cádiz copiamos el siguiente artículo:

«Una noticia infanta ha comunicado ayer el telégrafo.

Dos personas de régia estirpe, dos príncipes de nuestra familia real, más obligados por su alta jerarquía que cualquiera otro ciudadano, a respetar las leyes del país y sobre todo las creencias cristianas de nuestro pueblo, han dado el escándalo de batirse en un duelo, de cuyas resultas el infante D. Enrique, según dice el telégrafo a que nos referimos, ha sido muerto por el duque de Montpensier.

Renunciamos a hacer los tristes comentarios a que naturalmente se presta la noticia de esta horrosa catástrofe. No permitía Dios que, tratándose de un hecho punible justamente condenado por las leyes de la moral, invoquemos nosotros los decretos altísimos de la Providencia, en cuya virtud suelen ser castigados con severidad inflexible los extravíos de las pasiones humanas, cuando estos parten de personas que han heredado, con las inmundicias de su posición, el deber de presentarse ante los pueblos como ejemplos intachables de dignidad y de virtud en su vida pública.

Es lo cierto, sin embargo, que la mano invisible del destino ha caído aquí con todo su peso abrumador, sobre dos príncipes que hubieran podido ser felices y que lo fueron efectivamente, mientras la voz tentadora de la ambición ó de la soberbia no les hizo trocar los gozos legítimos del rango en que habían nacido por los azares y las angustias de la vida aventurera a que se entregaron los conspiradores y los revolucionarios.

Triste suerte la del infante D. Enrique, muriendo en un duelo, sin sus consuelos y los auxilios de la religión, y llevando sobre sí los anatemas de la Iglesia! Triste suerte la del duque de Montpensier, teniendo que vestir luto por un pariente cercano a quien ha arrancado la existencia! Triste suerte la de ambas familias, condenadas a llorar mientras vivan el recuerdo de una catástrofe semejante!

¡Oh! ¿Qué dura, qué pesada, qué terrible es, en ocasiones como la presente, la ley de la expiación!

Vamos ahora cómo comprende y cómo aplica la justicia revolucionaria sus principios de igualdad al caso lamentable de que nos da noticia el telégrafo. Nada

queremos decir sobre esto hasta estar mejor enterados de lo ocurrido; pero nuestros lectores comprenderán toda la gravedad de las cuestiones que van a surgir de tan funesto acontecimiento.

Por lo pronto, es un hecho fuera de duda, que con el infante D. Enrique ha muerto en el duelo de que se trata, la candidatura régia del duque de Montpensier.

No decimos más por hoy.

Conforme a lo que anunciamos en nuestro número anterior, a continuación copiamos el artículo que publicó nuestro apreciable colega *El Tiempo* el sábado pasado, titulado Los Anti-Borbonicos.

«Preguntáronle a un filósofo de la antigüedad cuántos enemigos tenía: «Tantos, contestó aquel, conocedor de las miserias humanas, cuantos beneficios he dispensado.»

Lo mismo podía contestarse, parodiando al filósofo, respecto a los enemigos de don Isabel de Borbón y su dinastía. ¿Quiénes son los anti-borbonicos españoles? Los que más favores han recibido de la reina de España.

Y así es la verdad. Aquellos revolucionarios que más públicos y frecuentes alardes hacen hoy de anti-borbonismo, son precisamente los que más gracias y más consideraciones han debido a don Isabel de Borbón en épocas pasadas, en que la adulación y el homenaje exagerado eran para esos mismos hombres el único camino de elevarse y engrandecerse.

Esos generales, esos ex-ministros, esos consejeros, esos magistrados, esos altos funcionarios públicos que hoy manifiestan más odio a la dinastía caída, más enemistad a don Isabel II, son los mismos que ayer raudaban de rodillas una sonrisa, una palabra benévola de la entonces reina de España, los que más engalanados y fervorosos besaban la mano a la augusta señora que ocupaba el trono.

No necesitamos nombrarlos, para que el país conozca a los hombres públicos a quienes aludimos, cada vez.

Los mismos entorpecidos que hoy hacen, las mismas cruces que en sus pechos ostentan, prueban a voces los dones recibidos a la vez que su ingratitude y su miseria.

Sin duda se dijo por los anti-borbonicos españoles aquello de que *la gratitud es una carga insostenible para las almas pequeñas*.

Mucho debió serlo las de ciertos revolucionarios cuando con tanta rabia é inoportunidad arrojan de su conciencia la pesada carga de la gratitud de que la reina le son deudores.

De ahí que no pierdan ocasión de injuriar a quienes antes adularon. De ahí que el calumnien a todas horas a quien en pasados tiempos colmaron de alabanzas y plácemes. De ahí que se irriten cuando ven en otros la cualidad de agradecidos, de que ellos carecen.

De ahí, por fin, el que amenacen con su persecución y anatemas a los que aún recuerdan con sus actos la antigua hidalguía castellana; a los que, libres de esa atmósfera de egoísmo y de traición que rodea y asfixia a ciertos revolucionarios, sienten arder en su pecho la llama de la gratitud, y se portan como nobles y caballeros; es decir, se portan como verdaderos españoles.

A esa pequeñez de alma, propia de los hombres ingratos, debe atribuirse solo la ira mal reprimida con que ciertos revolucionarios, ciertos anti-borbonicos hídroticos han visto el acto noble, digno y elevado, a la vez que natural y sencillo, de visitar en Roma los obispos españoles al príncipe de Asturias, para ofrecerle como particulares sus cariñosos respetos, único y oportuno modo de mostrar su gratitud a la augusta madre de don Alfonso.

Y no se nos diga, como decirse solía en el Parlamento y en la prensa, a despecho de la verdad y de la historia, que los principales anti-borbonicos, que los jefes é iniciadores de la revolución de Setiembre no deben nada a don Isabel de Borbón, quien en cambio los ha perseguido y maltratado.

Ante hechos públicos, ante documentos fehacientes, nada valen, nada prueban esas negativas, hijas tal vez de un leve resto de vergüenza; necias excusas con que los ingratos quieren inútilmente ocultar a sus propios ojos su pequeñez y su miseria; con que tratan en vano de sofocar en su alma la débil voz del remordimiento.

Para probar la ingratitude, la negra, la impardonable ingratitude de muchos anti-borbonicos, no necesitamos recordar aquí la categoría de infante de España del duque de Montpensier, los rápidos ascensos del general Serrano, los títulos y entorchados de D. Juan Prim, las distinciones oficiales y privadas que el ministro de Marina, Sr. Topete, ha debido a la munificencia, a la bondad de la reina Isabel II.

No queremos hacer mención de otros muchos revolucionarios de menor escala, que deben lo que han sido y lo que son a la generosa persona a quien hoy tanto maltratan y combaten.

Cumple hoy a nuestro propósito manifestar, con datos auténticos, con pruebas irrefragables, el concepto que merece el jefe del anti-borbonismo en España, don Salustiano de Olazá, que es quien antes y después de la revolución de Setiembre ha atacado con más constancia y encarnizamiento a don Isabel de Borbón y su dinastía.

Los que no han estudiado los hechos y los sucesos políticos de nuestros tiempos, los que no conocen en sus menores detalles nuestra historia política contemporánea, al oír en sus patéticas y quejumbrosas arengas al jefe de los anti-borbonicos clamar contra la reina Isabel y su dinastía, sin duda habrán creído que el Sr. Olazá, tras pasado la mayor parte de su vida en los calabozos ó en el destierro, víctima del enojo, de la venganza y del despotismo de don Isabel de Borbón; ¿Qué crueldades, qué tiranías se habrán dicho muchos al escucharlas quejas y lamentaciones del primero de los anti-borbonicos, habrá ejercido la reina Isabel contra D. Salustiano de Olazá, cuando tan violentamente la acusa, cuando tan implacablemente la condena?

Nosotros vamos a revelar hoy el motivo de ese rencoroso anti-borbonismo, la causa de esa tenaz cruzada contra don Isabel de Borbón, la grave, la imperdonable ofensa que la reina de España infligió a D. Salustiano de Olazá, consignada en el siguiente documento, que se guarda en el archivo del ministerio de Estado, del cual se ha olvidado sin duda su autor, y que solo algún historiador curioso, como nosotros, conoce.

Hélo aquí: «D. Florencio Rodríguez Vamonde, ministro de Gracia y Justicia y notario mayor del reino, yo el día de hoy, a las once y media de la tarde, en la Real Cámara del Palacio de Madrid, y en presencia de Su Majestad la Reina Doña Isabel II, el Consejo de Ministros, compuesto de D. Joaquín Francisco Pacheco, Presidente y Ministro de Estado; D. Manuel Mazarredo, Ministro de la Guerra; D. José Salamanca, Ministro de Hacienda; D. Juan de Dios Sotelo, Ministro de Marina; D. Antonio Benavides, Ministro de la Gobernación del Reino; D. Nicomedes Pastor Díaz, Ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas; y de mí el infrascrito Ministro de Gracia y Justicia, se dictó en una exposición elevada a Su Majestad por D. Salustiano de Olazá, fecha en Bayona de Francia en veinte y siete del mismo mes, la cual había sido entregada por Su Majestad al Presidente del Consejo, y su tenor literal es como sigue: «Señora: Elegido diputado para las actuales Cortes por los distritos de Alcaete y Arnedo, volví a mi patria provisto de un pasaporte expedido por el conde de V. M. en Bayona, cuando al llegar a Logroño fui detenido de orden del Gobierno de V. M.

llevado de allí a Pamplona, y conducido después hasta la frontera de este reino de Francia. No es mi ánimo, Señora, al dirigirme a V. M., quejarme de tal vejación, quizá al tratarse con tal rigor los Ministros de aquella época crean agrada a V. M. olvidando en aquel instante los sentimientos de benevolencia que abriga su noble corazón. Pero el que estuvo un día la singular honra de dirigir la educación de V. M.; el que carece de su augusta Persona tan tantas ocasiones de admirar su bondadoso carácter; el que tiene presentes mil palabras de sus generosos sentimientos, no podrá creer jamás que el tierno drazon de V. M. abrigue sentimiento alguno que no sea de maternal bondad hacia todos sus súbditos. Y tal es la confianza que inspira el conocimiento del carácter de V. M. al que un tiempo fué la dicha de merecer su real gracia, que de V. M. espera el término honroso de la singular posición en que se encuentra. En cambio, el exponente no puede ofrecer a V. M. más que el sacrificio de su vida, si fuese necesario, para la conservación de su augusta Persona y la consolidación del trono constitucional.

Pero V. M. no necesita otro estímulo que los impulsos de su buen corazón, y por eso, tan lleno de confianza como de respeto,—Suplica a V. M. que tenga a bien comunicar al Senado y al Congreso su voluntad de que quede perpetuamente archivada la declaración que se escribió firmada en 1.º de Diciembre de 1843, sin que en ningún tiempo pueda producir efecto alguno legal, mandando al propio tiempo que se le expida pasaporte para venir a desempeñar el cargo de diputado, y consagrarse, hasta donde alcancen sus fuerzas, al sostenimiento del trono de V. M. y de la Constitución de la Monarquía.—Dios guarde muchos años la vida de V. M. a bien de los españoles: Bayona de Francia 27 de Marzo de 1847.—Señora.—A. L. R. P. de V. M.—Salustiano de Olazá.»

—Y al margen de la misma exposición se lee la siguiente resolución autógrafa de S. M.: «Hágase como lo pide», hallándose estampada a continuación la rubrica que acostumbraba a hacer S. M. de que doy fe.—Acto continuo, el presidente del Consejo de ministros rogó a S. M. tuviese la dignación de significar si para adoptar la resolución que queda expresada había seguido libremente los impulsos de su corazón, y si era su voluntad que se consignara este hecho en un acta formal; y S. M. se dignó manifestar que deseaba, se hiciera así, para que constase en todo tiempo que con entera libertad había resuelto acceder a la anterior petición, movida por las razones que asimismo se dignó indicar en las palabras siguientes: «Yo no puedo abrigar rencor contra nadie. Deseo que no haya en mi resentimiento entre los españoles, aunque perteneciera a diferentes partidos, y Yo quiero y debo dar el ejemplo. Mi voluntad es que se haga lo que pide Olazá.»

En seguida, y habiendo obtenido la venia de S. M., se retiraron los individuos que componen el Consejo de ministros, y reunidos en el despacho de su presidente, acordaron que el acta, que en cumplimiento de la soberana determinación de S. M. debía extenderse, se firmase por todos los ministros que han presenciado lo ocurrido en la Real Cámara, y se custodie en el archivo de la secretaría de Estado, juntamente con la exposición original de Olazá.—De lo cual, yo el infrascrito Ministro de Gracia y Justicia, notario mayor del Reino, doy fe y en cumplimiento de lo acordado, se extiende la presente acta, que conmigo firman el señor Presidente del Consejo y demás señores ministros arriba expresados, en Madrid a treinta días del mes de Marzo del año de mil ochocientos cuarenta y siete.—Joaquín Francisco Pacheco.—José de Salamanca.—Antonio Benavides.—Nicomedes Pastor Díaz.—Manuel Mazarredo.—Juan de Dios Sotelo.—Florencio Rodríguez Vamonde.»

Si, después de leído el anterior documento, se preguntara ¿por qué ha caído del trono la reina Isabel II? según la opinión de su principal enemigo, tal noble, tan elemental y tan bondadosa?

A esta pregunta solo podría contestarse, recordando al filósofo de la antigüedad: *La reina Isabel ha caído del trono por haber hecho infante de España al duque de Montpensier*; capitán general, duque de la Torre y caballero del Toisón de Oro, a D. Francisco Serrano; conde de Reus y teniente general a D. Juan Prim; por haber dispensado distinciones y beneficios a D. Juan Bautista Topete y su familia, y sobre todo; por haber invitado espontáneamente y generosamente a D. Salustiano de Olazá.

SECCION DE NOTICIAS.

La tesorería central satisfará en el día de hoy, a las horas de costumbre, el cupon vencido en 31 de Diciembre último, de los bonos del Tesoro, cuyas carpetas lleven los números 1,190 a 1,198, y mañana los marcados en las carpetas con los números 1,199 al 1,214.

Por el ministerio de la Gobernación se ha dispuesto que todas las plazas de escribientes de plantilla del expresado ministerio se provean por oposición y por medio de varios ejercicios, el día 25 del corriente, entre los individuos que actualmente desempeñan aquellos puestos, y en caso de quedar vacantes algunas a consecuencia de los ejercicios indicados, se cubrirán por medio de un examen público, que tendrá lugar el 4 de Abril próximo.

La Caja de depósitos pagará mañana los intereses por depósitos en metálico y efectos públicos existentes en la misma, cuyas carpetas de señalamiento lleven los números del 3,051 al 3,100 respecto a los primeros, y del 802 al 900 a los segundos todos inclusive, y los cupones de los bonos amortizados en 30 de Diciembre último, cuya carpeta lleve señalado el número 160.

Por orden del ministerio de Hacienda que publica la Gaceta del domingo, se dictan reglas para uniformar en todas las aduanas el despacho de minerales y metales gravados con derechos de exportación.

El periódico oficial también publica cuatro decretos del ministerio de la Gobernación concediendo la nacionalidad española a D. Felipe Werner, natural de Coblenza; a D. Lucas Hinggiard, de nación Armenia; a don Teopoldo Stienberg, natural de los Principados Danubianos, y a D. Ramón Gigoenneche,

zo y organización del ejército, se refunda en uno solo que se redactará en la siguiente forma.

Artículo 5.º Cuando los alistamientos voluntarios no basten á cubrir las bajas que resulten en el ejército permanente, se destinará por la suerte el número de hombres que fien las Cortes sacados de los jóvenes de 20 años, los cuales serán destinados al ejército permanente activo, debiendo servir personalmente dos años sobre las armas y otros dos en la reserva.

Se ha dispuesto que el coronel graduado comandante de ingenieros D. Francisco de Paz y Quevedo, en situación de excedente, entre en número con destino al primer regimiento de dicho cuerpo.

Se ha concedido el retiro al teniente de navío de primera clase D. Tomás Rivero y O'Neale.

La brigada compuesta del primero y cuarto regimiento montado, segundo de montaña y tercero de á pie del cuerpo de artillería, tendrán hoy ejercicio en la dehesa de Moratalla, al mando del brigadier Negron.

En el Consejo de anoche habrá continuado la discusión sobre los asuntos de Hacienda relacionados con los ayuntamientos y diputaciones, de que se trató anteayer en el Consejo celebrado con el regente.

SECCION DE PROVINCIAS.

Dice un periódico de Valencia:

«Están reuniéndose fuerzas considerables en este distrito militar. Si no recordamos mal, hay ya en él diez y siete batallones, y se dice que se van á reunir cuatro ó cinco más.»

Dice un periódico de Alcoy:

«Según de público se dice, el martes último, á hora avanzada de la noche, penetró en la cercana villa de Alcocer de Planes una partida armada de unos veinte hombres, con intención, al parecer, de molestar á uno de sus vecinos, persona acaudalada. Sorprendieron al efecto al vigilante ó sereno del pueblo, obligándole á retirarse; mas éste pudo avisar á varios vecinos, y luego se dio parte á la inmediata villa de Muro, y formándose instantáneamente algunos somatenes, lograron shuynetar de Alcocer á la referida partida.

Ignoramos hasta qué punto será exacta esta noticia. Lastimoso es el estado de inseguridad en que se vive en los pueblos de este litoral.»

Hace dos ó tres noches que unos desconocidos trataron de cometer un robo en la iglesia parroquial de la Ajáquia, Córdoba, entrando por los tejados. Pero afortunadamente se apercibió de ello el sacristán, y espantó á las aves de rapina.

Nada hay seguro.

Leemos en El Telégrafo de Barcelona:

«Esta noche se ha desahogado en esta ciudad un crimen horrendo. En las inmediaciones de la cárcel, en la parte del Ensanche, cerca de unas casas levantadas en el terreno que ocupaba el antiguo Jardín botánico, se han encontrado restos humanos, que revelan un asesinato con las circunstancias más viles y bárbaras que puedan imaginarse. Allí estaba el tronco de una persona, desde el ombligo hasta la cabeza, horriblemente mutilado. Faltábale la parte inferior del vientre, ambas piernas y ambos brazos, las orejas y nariz cortadas, los ojos arrancados, toda la cara desollada, y en tal situación, que ni aun puede discernirse si era hombre ó mujer la infeliz víctima de tan crueles tormentos. Los intestinos y las entrañas de la víctima estaban esparcidas por el suelo. El espanto estaba partido, las costillas acuchilladas, y el conjunto presentaba un montón informe de carne humana que horrorizaba y erizaba los cabellos. De este triste hallazgo tuvo conocimiento uno de los cabos de municipales, á eso de las doce de la noche; se dio parte en seguida al juzgado correspondiente, y sin levantar mano se procedió á instruir la sumaria correspondiente. A eso de las cuatro de la madrugada se trasladaban aquellos restos humanos al hospital. Este crimen ha conatunado al vecindario, cuya impresión dolorosa no se borrará en mucho tiempo.»

Dicen de Huelva:

«En el establecimiento de las minas del Tháris tuvo lugar, á las cuatro de la madrugada del día 10, una inundación mayúscula. Parece ser que habiendo cedido los muros que formaban el dique, se desbordaron las aguas, arrastrando cuanto encontraron á su paso. A cien mil metros cúbicos se hace subir la cantidad del líquido desbordado, ocasionando, como es consiguiente, grandes destrozos, y lo que es más sensible, algunas desgracias personales, cuyo número no podemos hoy determinar, si bien hemos oído decir que son cinco las personas víctimas de tal desastre.»

En Tortosa ha sido levantada la prohibición del culto externo que la autoridad local había decretado.

Dice El Atisador Malagueño del sábado:

«Anteayer, según nos dicen, promovieron entre sí un gran escándalo los carabineros que estaban de puesto en la Pescadería, al extremo de amenazarse con las carabinas. Un alcalde de barrio logró apaciguar algún tanto á los contendientes, que fueron relevados de orden del jefe del puesto de la Parra, que acudió también al lugar de la ocurrencia.»

Dicen de Arenys de Mar, con fecha 10 del corriente:

«La cuadrilla de ladrones que divaga por nuestras vecinas montañas, ayer, á primeras horas del día, en la carretera de Collsero, robó á unos carreteros que se dirigían al mercado de San Celoni, alféndoles cuanto dinero llevaban para sus compras.

Anteayer, en una casa de campo del término de Santa Susana, conocida por casa Burgada, robaron y estrangularon á su dueño, viejo ya de 80 años, atándole una cuerda al cuello y con su extremo á uno de los pies por la espalda, al mismo tiempo que le quemaban por detrás; maltrataron asimismo al ama de la casa, que mandaba también y dejándola muy mal parada, y quizá hubieran acabado con ella, á no ser que otra de la misma familia, poco menos que imbécil, no haciendo caso de las amenazas que la hacían, fué á dar aviso á la casa más vecina, de donde parece salieron algunos hombres á libertar ó auxiliar á los pobres que estaban sufriendo tanta barbaridad.»

En Lugo no se han contentado con protestar contra las quintas, sino que han hecho ayer una manifestación contra las contribuciones.

Son tantas las ventajas que ha producido á los contribuyentes la revolución de Setiembre, que encuentra perfectamente lógico que se aprovechen de cuantas ocasiones se les presenten para protestar contra las exacciones multiplicadas que les propina el celeberrimo Sr. Figuerola.

El resultado de la votación en la circunscripción de Mondoñido, es el siguiente: El Sr. Cancio Villamil, liberal, 16,032; el Sr. Palacios, carlista, 7,460; el Sr. Moreno, republicano, 3,400.

Nuestro corresponsal de Cartagena nos dice, con fecha 10, lo siguiente:

«Ha despedido del arsenal docientos y pico de trabajadores, y parece que al resto de la maestranza se les va á rebaja uno ó dos reales en el jornal.

Ambas determinaciones, que han causado gran disgusto en la población, obedecen á una orden del almiran-

tazgo, para que se iguale el importe de los jornales á la suma de treinta mil escudos, que es lo consignado mensualmente á esta atención en el presupuesto. A fines del mes último, una junta de los jefes de todos los ramos en el arsenal, se ocupó en si sería conveniente despedir gente, ó suprimir algunos días de trabajo á la semana, y se optó por el despido.

En el presupuesto que debía regir desde 1.º de Julio de 68 á 69, se señaló la misma cantidad de treinta mil escudos para jornales de la maestranza, y con oportunidad el gobierno de la reina dispuso, que los capitales generales de los departamentos, en unión de sus juntas económicas, procuraran, antes del plazo, hacer las reducciones oportunas, dejando el personal de los talleres á son de reglamento, y las expresadas autoridades escogitaron medios para llevar á cabo la medida paulatinamente, á fin de causar el menor perjuicio posible, procurando que en los talleres quedaran únicamente los verdaderos hombres de trabajo, y que los primeros despedidos fueran aquellos que ocupaban plazas figuradas, y desempeñaban el servicio de escribientes en los mismos talleres del arsenal ó oficinas.

Se ignora si la expresada prescripción del almirantazgo habrá alcanzado á los departamentos de Cádiz y Ferrol, y si en ellos se habrá hecho despido, y en qué forma, pues es de suponer que habrá sucedido en ellos otro tanto.

Desde primeros del año 69 se emprendieron las habilitaciones de las fragatas Resolución y Numancia; la primera, por fin, ya está lista, pero la última aún tardará en estarlo, habiéndose gastado en ellas cuantiosas sumas, pues á cada paso se han hecho y deshecho algunas obras en las cámaras y repartimientos, y colocándose la última chimenea francesa de mármol, y construyendo un camarote especial para señoras: estos gastos han sido aumentados con el importe de las gratificaciones de sus jefes y oficiales por haberlos tenido en situación distinta de la que correspondía á su estado de carena, á pesar de que, por ordenanza, á los seis días de haber entrado un buque en el arsenal, sea cualquiera el motivo, deben cesar las gratificaciones de sus jefes y oficiales, y pasar á una situación conveniente.

La escuadra ha empleado en material desde que la tenemos en el Mediterráneo más de dos millones de reales, y eso que no ha tenido necesidad de obras.

Se ha dispuesto que los buques de cierto porte lleven de dotación plazas de pintores con el sueldo de treinta duros al mes y la ración de armada: se dice que con ello habrá un ahorro en la pintura, pero no habiéndose decretado que se disminuyan los artículos de los diarios de esta clase, no sabemos á qué obedezca este otro principio de economía.

Por último, á los despedidos del arsenal se les ha dicho que el 19 del actual debe proclamarse rey á Montpensier, y que entonces volverán á ser admitidos.»

SECCION EXTRANJERA.

Entre las diferentes cuestiones de política exterior que ocupan hoy la atención de la prensa, ninguna es más importante que la del Concilio: por eso queremos consagrarle hoy el primer lugar, invirtiendo el orden que acostumbramos seguir en estas revistas. La actitud del gabinete francés en general, y la especial del ministro de Negocios extranjeros, han sido objeto de infinitos comentarios, la mayor parte de ellos aventurados, llegando á asegurar por algunos, no solo que había discordancia entre los individuos del ministerio, sino que este tampoco se hallaba conforme con el emperador, y aun se avanzó al extremo de suponer que la cuestión había dado origen en altas regiones á graves discordancias.

Todos estos rumores que cada partido, y hasta cada individuo, ha querido explotar en provecho propio, son si no completamente falsos, por lo menos notoriamente exagerados. M. Olivier y el conde Darú, están completamente de acuerdo en la política que ha de seguirse respecto del Concilio y de la corte romana, y ni ellos ni sus colegas parecen dispuestos á coartar en lo más mínimo la libertad absoluta de la augusta Asamblea, ni con medidas preventivas, ni con disposiciones represivas. Los que otra cosa piensan y dicen, desfiguran los propósitos del gobierno con intención que quizás sirva á sus fines particulares, pero que no puede en manera alguna ser provechosa para la Iglesia.

Se ha supuesto por algunos que la idea del gobierno francés de enviar un representante al Concilio ha sido sugerida á M. Darú por algunos prelados, entre los cuales se cita á M. Dupanloup; pero esta noticia carece de fundamento, pues el conde Darú y el obispo de Orleans, no solo no estaban en correspondencia regular, sino que no se han escrito nunca.

Lo que parece averiguado es que el Papa, así que recibió de manos del cardenal Antonelli la nota francesa de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, reunió á los principales individuos del sacro-colegio, y entre ellos á los cinco presidentes de las congregaciones del Concilio, para consultarles acerca de la respuesta que debía darse al gabinete de las Tuillerías, y todos unánimes contestaron que debía admitirse al representante francés.

Según el Memorial Diplomático, en Roma se pensaba en suspender las sesiones del Concilio á principios de Mayo para volver á empezalas en Octubre, pero parece que habiendo manifestado muchos prelados de Europa el deseo de asistir en sus diócesis á las ceremonias de Pascua, Su Santidad se halla inclinado á acceder á esta indicación. Sin embargo, la mayoría de los obispos insiste en que la cuestión de infalibilidad se trate antes de suspenderse las sesiones.

Nuestros lectores saben ya que el Cuerpo legislativo francés ha suspendido sus sesiones hasta el día 21 del actual: la razón de este aplazamiento es por una parte el deseo manifestado por M. Olivier y sus colegas de tomarse algunos días de respiro para deliberar sobre las graves cuestiones á que tienen que consagrar toda su atención, y por otra la necesidad de que las comisiones encargadas de dar dictamen sobre los muchos proyectos de ley sometidos á su informe puedan preparar convenientemente sus trabajos para presentar á la Cámara.

La interrelación del conde Le Hon sobre la situación de Argelia ha tenido más importancia que la que en un principio le concedimos, pues si bien no se ha traducido aún en medidas legislativas, ha logrado que la opinión de la Cámara se pronuncie por unanimidad contra el sistema vigente hoy para la gobernación de la colonia africana. Parece ser ya cosa acordada que Argelia se asimile en un todo á las demás provincias francesas, y que el régimen civil sustituya á la supremacía militar. Con este motivo, ha llegado á decirse que el duque de Magenta había presentado su dimisión; pero la noticia no es oficial, y la creamos, cuando menos, prematura.

Lanzados los diputados en la cuestión colonial, preciso era que recorriesen todas sus etapas, y lo que el conde Le Hon y Jules Favre habían pedido para la Argelia, Jules Simon lo reclamaba para las Antillas y el Senegal.

Con este motivo, dice oportunamente un periódico que Jules Favre y Jules Simon pretenden monopolizar todo cuanto se refiere á las colonias, y que así como al primero se le ha puesto el mote de Ab-dol-Kader de la izquierda, podría apellidarse al segundo Toussaint-Louverture.

Con motivo de la cuestión de los alcaldes, en que se está ocupando la comisión de descentralización, refiérase una curiosa anécdota: Interrogado M. Odilon Barrot sobre su opinión en el asunto, dijo: «Cuarenta años hace que lo estoy estudiando, y aún no he podido formar juicio.» Pues á ese paso, le contestó M. Prevost Paradol, aún tardaremos otros cuarenta en resolverlo.

El bill de Irlanda ha sido aprobado en segunda lectura por 442 votos contra 11. Mr. Disraeli se ha manifestado dispuesto á apoyar la medida, pero insinuando que muchas de las cláusulas del proyecto debían ser objeto de modificaciones en el seno del comité.

Despachos telegráficos enviados desde Berlín á La Presse de Viena, desmienten la noticia de que el nuevo gabinete bávaro haya notificado al gobierno prusiano su resolución de observar escrupulosamente los tratados de alianza de 1866. Asegúrase también que las fracciones democrática y de la gran Alemania han propuesto á la Cámara de diputados de Wurtemberg que pida al gobierno la rebaja del tiempo de servicio militar y la modificación de las leyes que al mismo se refieren.

La mayor parte de los Parlamentos europeos se ocupan actualmente en introducir grandes economías en los presupuestos, y como estas solo pueden verificarse en grande escala en el ramo de Guerra, los amigos de la paz abrigaban grandes esperanzas de que no ha de turbarse por ahora.

Ignoramos el fundamento que tendrá la noticia dada por La France de que el gobierno español, accediendo á la propuesta del gabinete inglés, había consentido en someter la cuestión del Tornado al arbitraje del emperador Napoleón: nosotros creíamos esta cuestión definitivamente resuelta hace mucho tiempo, é ignoramos que haya surgido algún nuevo incidente que haga precisa la intervención en nuestros asuntos de gobiernos extranjeros. Esperamos que los periódicos de la situación nos expliquen el enigma.

Olivier va á dedicarse personalmente á dirigir los trabajos de la comisión que se ocupa de los intereses de la clase obrera, y esta conducta le está proporcionando las simpatías de la opinión pública.

Se comenta mucho en el mundo diplomático un suelto publicado por un periódico turco, que dice que la Turquía ha pasado de los tiempos en que se dejaba intimidar por las demás naciones, y que, fuerte en su derecho, no consultará más que sus propios intereses.

No es exacto, como dicen algunos periódicos, que haya la menor desavenencia entre los condes de Gergenti, los que en breve llegarán á París.

Como habíamos anunciado, muchos príncipes alemanes, entre ellos el gran duque de Mecklenburgo Schwerin, parece que se entiende directamente con el emperador Francisco José sobre la actitud de la Prusia. La posibilidad de estas inteligencias y las que existen entre el Austria, Francia y Rusia, parece que empiezan á influir en el ánimo de M. de Bismark.

Dada la posibilidad de que el gobierno francés envíe un representante al seno del Concilio, parece que este será el príncipe de Broglie.

Mañana se publicará en el Moniteur un nuevo movimiento prefectoral.

Las modificaciones que se van á introducir en la Argelia serán más latas que lo que se había pensado en un principio, y definitivamente cesará de pesar sobre aquel país la influencia militar. Se añade que también en las demás colonias francesas se van á hacer importantes modificaciones.

La cuestión del Montenegro, que tantas entrevistas ha provocado hace algún tiempo entre el príncipe de Metternich, el conde de Stackelberg y M. Darú, ministro de Negocios extranjeros, está próxima á resolverse.

Los gobiernos interesados en la cuestión están puestos de acuerdo sobre un tratado que interprete el de 1866, y según todas las probabilidades, los representantes de los gobiernos respectivos lo firmarán muy pronto.

Si bien es verdad que con ocasión del cumpleaños del príncipe imperial no se darán condecoraciones, se han concedido muchos ascensos en el ejército de mar y tierra.

Rochefort se encuentra enfermo en la prisión de Santa Pelagia.

Háblase nuevamente de M. Ledru-Rollin como candidato á la diputación por la circunscripción de Rhone, vacante aquella por fallecimiento de M. Perras. Podemos asegurar que este rumor carece de fundamento, pues por ahora M. Ledru-Rollin no ha desistido de su propósito de continuar en el retraimiento.

Vuelve á tomar cuerpo la idea de que en breve se suprimirá el derecho de timbre que pagan los periódicos.

En París había circulado el rumor de que Montalembert iba á ser encarado por el gobierno francés de representante oficialmente en el Concilio; pero la muerte del ilustre escritor ha inutilizado este proyecto, si en realidad existía.

Está acordado ya que se reunirá en Tours el 21 del corriente mes los miembros del Consejo general de Indre-et-Loire, que han de entender en el proceso del príncipe Pedro Bonaparte.

M. Glandaz, presidente de la alta corte de justicia, con asistencia del escribano de actuaciones, M. M. Coulon, procedió ayer al interrogatorio del príncipe, con arreglo á lo prevenido en el art. 236 del Código sobre instrucción criminal. El acusado declaró que había elegido para defenderle á MM. Emile Leroux y Lemagne. El citado presidente se hallará en Tours tres días antes de empezarse los debates.

Creo La Liberté que la oposición del Senado á propósito de la cuestión de alcaldes, es más que otra cosa una cuestión de forma. Los senadores, dice nuestro estimado colega, querían que el ministerio se explicara, acerca la opinión del gobierno en esta importante cuestión, antes de pedirles que voten el senatus-consultus. Y el ministerio contesta: «Votad la modificación del senatus-consultus que se os ha pedido, y en cuanto á nuestra opinión, ya la formularemos, primero ante el Consejo de Estado y ante el Cuerpo legislativo después, cuando se trate de discutir el proyecto de ley para intervenir.»

A pesar de que el gobierno no parece decidido á adoptar todas las medidas propuestas por el conde de Hon á propósito de la Argelia, se dí hoy como segura la noticia de que está acordado el nombramiento de un gobernador general civil para aquella colonia.

En el salón de conferencias del Cuerpo legislativo ha circulado esta tarde el rumor de haberse celebrado una entre M. Olivier, el diputado Julio Favre y otros importantes miembros de la izquierda, de cuya conferencia ha resultado una perfecta inteligencia de esta fracción con el citado M. Olivier. Damos esta noticia como un simple rumor, repetimos, y sin responder de su certeza.

Anoche se decía en el Casino Imperial, á pesar de lo que en contrario se ha asegurado estos días pasados, que el ministerio no hará cuestión de gabinete la referente á la ley sobre nombramiento de alcaldes. Aceptada pura y simplemente lo que decida la mayoría. Así será reducida á la nada la mala voluntad que muestra el Senado á propósito de esta importante cuestión.

El fracccionamiento que en nuestro número de ayer

habíamos anunciado que existía en la Cámara, parece que va tomando serias proporciones; ya hoy un periódico, haciéndose eco de lo que se llama *anarcar party*, formula una especie de programa é indica que las reformas que este partido desea son, entre otras, las siguientes:

Elección de alcaldes por sufragio universal.
Una nueva ley electoral.
Una ley democrática sobre la prensa, desprovista de todas las trabas fiscales que figuran en el proyecto de M. Buffet.

Una ley liberal sobre asociaciones y reuniones públicas, en oposición á la que acaricia M. Darú.

Instrucción popular gratuita, que M. Segrís, dominado por M. Thiers y M. Guizot, no quiere dar á la Francia.

La libertad comercial que los famosos decretos de 9 de Enero han abrogado.

Lo que tiene de más significativo esta nueva agrupación política, es que Mauricio Richard, actual ministro de Bellas Artes, parece de acuerdo con los principios so tenio: en este programa, lo que vendría á crear un obstáculo grande al ministerio.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París 14.

Confírmase la noticia de la intervención del emperador en los asuntos interiores de la familia de los de Isabel de Borbon.

Los p ródicos, reproduciendo la noticia publicada por «El Constitutionnel», atacan fuertemente á D. Francisco de Asís, á quien echan toda la culpa de estas disidencias de familia.

Confírmase también la noticia de que el gobierno ha resuelto no conceder ninguna condecoración con motivo del aniversario del nacimiento del príncipe imperial.

Roma 13.

El mayor sigilo guardan los padres del Concilio acerca de las discusiones sobre las últimas comunicaciones del Papa, pero asegúrase que han sido muy animadas estas discusiones en el seno de la comisión.

París 14.

Los amigos del conde Darú dicen que jamás este ministro ha manifestado el pensamiento de encargar al arzobispo de París la misión de representar al gobierno francés en el Concilio.

Ignórase todavía quién será nombrado embajador de Francia en San Petersburgo, en reemplazo del general Fleury, cuyo relevo ha sido resuelto por el Consejo de ministros.

Viena 14.

El conde de Buist ha enviado algunos agentes oficiales cerca de los Estados de Alemania del Sur, para contrarestar los trabajos de los agentes del conde de Bismark.

Las noticias de Dalmacia y de la frontera del Montenegro, siguen siendo satisfactorias.

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 14 de Marzo de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión á las tres, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

Varios diputados presentaron exposiciones.

El Sr. PICO preguntó á la comisión que entiende de una proposición para que se repartieran á censo entre los pueblos, los bienes de propios y comunes por qué no se había dado dictamen.

El Sr. BUENO, como presidente de dicha comisión, dijo que no se había presentado el dictamen, pero que lo tenía para estudiarlo el señor ministro de Hacienda; y que si no lo devolvía pronto lo presentaría la comisión á las Cortes.

El Sr. SOLER dijo que ayer se verificó una manifestación pacífica, contra las quintas, á la que se adherían algunos republicanos, y como se había dado una muestra de desagrado con esta ocasión al general Prim, deseaba que constase que los autores de ella no eran republicanos, pues estos respetan los derechos de todo el mundo.

El señor presidente del CONSEJO dijo que los que habían cometido un desacato con el fúeron del tropel que dirigían algunos diputados federales.

Explicó por qué había ido á revisar un batallón de voluntarios, al que pertenecía su hijo.

Revisó el batallón, y cuando volvió, después de haberle arreglado, por la puerta de Alcalá, le rodearon varios de los manifestantes, prorumpiendo en gritos; quiso hablarles, y no se lo consintieron. Los esfuerzos que hicieron el Sr. Soler, el director de La Discusión señor García y otras personas, para apartar la gente, fueron inútiles, y el orador, por fin, tuvo que picar el caballo y se abrió paso; pero la turba le siguió, y cerca del ministerio de la Guerra, un desdichado le tiró una piedra. Al sentirlo revolvió el caballo, y no vio al que le había tirado, porque de verle le hubiera muerto; pues en los tiempos que corremos, dijo, yo también voy prevenido para matar en el acto á quien me levante la mano.

Preso el que había tirado la piedra y otros dos, los subieron al salón del ministerio de la Guerra, y al verse delante del general Prim, uno echó á llorar, otro á temblar, y el acusado de tirar la piedra le negó, diciendo que era el más grande partidario del general Prim. Como conoció que aquellos desgraciados eran instrumentos inconscientes, acalorados por las predicciones que acababan de oír de personas que debían hacer entender á los ignorantes el cumplimiento de sus deberes, mandó ponerles en libertad.

El general Prim terminó diciendo que le había constado el espectáculo del abuso que se había hecho del derecho individual, faltando á los derechos de los demás, y que esto no se consentiría.

Queriendo hablar el Sr. Soler con alguna extensión acerca de este asunto, se suspendió algunos momentos el debate para que se presentara una proposición.

El Sr. SOLER apoyó una proposición, diciendo que las Cortes deseaban oír explicaciones del gobierno sobre los sucesos ocurridos ayer.

El Sr. Soler dijo que la manifestación se había verificado con el mayor orden, y que después de disuelta y fuera de la puerta de Alcalá, cuando había multitud de personas de las que salen á pasear, á merendar y á tomar el sol, pasó el general Prim; y como el pueblo es enemigo de las quintas, empezó á gritar ¡abajo las quintas! en lo que no había falta de respeto al general Prim.

No podía ser el partido republicano responsable de un suceso en el que habían intervenido personas de distintas procedencias, después de disuelta una manifestación pacífica.

El orador dijo también que la pregunta la había hecho á excitación del Sr. Muñiz.

El Sr. SORNI dijo, como el Sr. Soler, que la manifestación fué pacífica, que se arregló á los manifestantes con moderación, que disuelta la manifestación hubo un suceso sensible, a que esajenjo el partido republicano y advirtió que desgraciadamente entre la multitud había algunos agentes de Gonzalez Brabo que no obedecían á los jefes federales.

El Sr. MUÑIZ dijo que había excitado al Sr. Soler á que hiciera la pregunta para que censurara al partido republicano de esta responsabilidad.

El presidente del CONSEJO dijo que no era delimito parecer que los Sres. Soler y Sorni respecto á los responsables de un acto abusivo del derecho de manifestación.

Censuro que no se explicase á las masas ignorantes hechos y sus obligaciones ó deberes.

Dijo que el Sr. Sorni podía avivar su memoria y recordarle que algo se dijo en la manifestación que no podía decirse constitucionalmente.

Por lo demás, él no se crea deshonrado porque le hubieran tirado una piedra; pues recordaba que á patria, que tantos servicios había prestado á su patria, le sirvan siete piedras.

El Sr. SORNI rectificó.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que ayer se celebraron manifestaciones contra las quintas en todas las capitales de España y las intrucciones del que respetasen el derecho constitucional; que en todas partes donde con motivo del ejercicio del derecho de pables y se disolviera la manifestación, apelando á la fuerza donde no se disuella pacíficamente.

En todas partes se habían verificado las manifestaciones pacíficamente menos en Málaga, donde el gobernador había cumplido estrictamente las instrucciones. Al orador no le admiraban las agitaciones de los pueblos libres, pues la libertad había que tomarla con sus inconvenientes en un principio, del mismo que para aprender á nadar es preciso echarse al agua.

Dijo que si en la manifestación de ayer tarde iban agentes de la reacción, como había dicho el Sr. Sorni, él sabía que en todas las manifestaciones iban estos agentes para promover desórdenes.

La agitación de ayer no merecía que se calificase de agitación de un pueblo libre sino alboroto de pilastres de plaza. Recomendó que el ejercicio de la libertad se hiciera con orden y con el respeto debido á los derechos de todo el mundo, porque de lo contrario viviríamos en la anarquía, y en tal caso, la mayoría del país, y no pudiendo vivir así y no pudiendo morir, la nación preferiría la muerte de la libertad. Por lo demás, el ministro había mandado al gobernador que formase el expediente sobre el suceso de ayer y se castigara á los culpables.

Rectificaron los Sres. Sorni y Rivero.

El Sr. MORENO BENITEZ dijo que sus agentes prendieron ayer catorce individuos, que están sujetos al alio de los tribunales.

El Sr. SORNI dijo que en la manifestación no ocurrió nada, porque se había disuelto cuando hubo los desmanes que se habían referido.

El Sr. SOLER, en vista de las declaraciones del gobierno, y de estar probado que no fueron los republicanos los que promovieron los desórdenes, retiró la proposición.

El señor ministro de ULTRAMAR leyó un despacho telegráfico de Cuba.

Leyó una proposición para que el señor ministro de Hacienda presentase desde luego las nuevas ordenanzas de aduanas, y se evitase la continuación de los perjuicios que ocasionan las actuales.

El Sr. ISASI la apoyó, enumerando los perjuicios que sufría el comercio con las actuales ordenanzas, y exponiendo la necesidad de plantear las nuevas ordenanzas reformadas.

El señor ministro de HACIENDA declaró que después de haber oído con satisfacción el discurso del señor Isasi, le rogaba que retirase la proposición, asegurándole que pronto traería á las Cortes la nueva ordenanza.

El Sr. ISASI retiró su proposición.

Acordaron las Cortes que no hubiera sesión por la noche.

Y se levantó la de la tarde.

Erán las seis.

GACETILLAS.

En el sorteo verificado ayer salieron agraciados con los premios mayores, los siguientes billetes: 4,442, 60,000 escudos, Cádiz; 14,681, 20,000, Madrid 2,062, 10,000, Badajoz.

11,935, 1,000, Madrid; 1,366, id.; 4,124, id.; 4,159, Cádiz; 5,333, Málaga; 8,635, Madrid; 14,993, Tarragona; 3,244, Chiclana; 8,017, Almería; 7,811, San Fernando; 975, Vitoria; 12,417, Cartagena; 2,265, Madrid; 13,868, idem; 8,324, Palma de Mallorca; 13,765, Madrid; 14,865, Pamplona; 11,539, San Sebastián; 7,109, Cádiz; 5,707, Gerona.

El siguiente sorteo se celebrará el día 23 de Marzo de 1870, constanding de 30,000 billetes, al precio de 1